En 1940, con la publicación de *Canto,* Sara de Ibáñez obtuvo un éxito literario que atrajo la atención no sólo de la crítica de su país natal, Uruguay, sino la de todos los lectores atentos de Hispanoamérica. La poetisa, que casi a hurtadillas se había iniciado en las letras, de pronto se dio a conocer con esos poemas, cercanos a las formas expresivas que caracterizan las tendencias contemporáneas e imbuidos a la vez de la savia que nutrió la literatura española de los Siglos de Oro. Posteriormente, con *Hora ciega* (1943) y *Pastoral* (1948), Sara de Ibáñez confirmó lo mucho que prometían sus trabajos iniciales y se consagró como una de las figuras sobresalientes de la poesía en nuestra lengua.

Componen *Las estaciones y otros poemas* una serie de páginas inéditas, completadas con una nutrida selección de composiciones provenientes de libros editados con anterioridad. En conjunto, esta obra refleja la destreza con que la autora sabe manejar la metáfora, y muestra asimismo sus preferencias ante la totalidad de su propia producción. En la historia de nuestras letras hispanoamericanas, pocas veces se había dado el caso de una escritora con tan exuberante imaginación, y pocas veces también la metáfora como elemento constitutivo de la poesía había logrado un cultivo tan extraordinario como en estos versos de Sara de Ibáñez.

[VIÑETA DE PAUL ANTRAGNE]

SARA DE IBAÑEZ

LAS ESTACIONES

TEZONTLE

SARA DE IBAÑEZ

LAS ESTACIONES



y otros poemas

TEZONTLE

lii

2900

António Sérgio

LAS ESTACIONES Y OTROS POEMAS

SARA DE IBAÑEZ

Las estaciones

Y OTROS POEMAS

TEZONTLE

Primera edición, 1957

Av. de la Universidad, 975 — México 12, D. F.

Printed and made in Mexico
Impreso y hecho en México

Las estaciones

PRIMAVERA

I

ESCUCHO un rumor de nieve
que va a cambiarse en suspiro
y en sombras de blando giro
sus blancas volutas mueve.
A trino embridado atreve
su inocencia nemorosa;
cursa la escala copiosa
que en el huracán culmina
y sobre su fría espina
pliega un gemido de rosa.

Voltea el son transparente
de una centella afligida.
Premiosa labor de herida
que busca su piel ardiente.
Pugna el secreto inocente
por devorar su hermosura;
la irisada criatura
feroces alas estira
y borra cuando respira
el cristal de su clausura.

Al unisón de este aliento
los entornados jardines

soplan en raudos verdines
la luz de su pensamiento.
Un deleitoso lamento
blasona la fausta brisa,
y como tromba imprecisa
de hostigada turbulencia,
rompe en la pura presencia
multiabrasado en sonrisa.

II

El rostro detiene alerta
la esfera de los espejos;
su alba de ímpetus perplejos
vírgenes platas despierta.
Bruñe la frente desierta
un vago asombro de llama,
y el beso perfecto clama
difuso y nunca finido,
por el cáliz prometido
que la intacta boca inflama.

De la abstrusa cabellera
vuela en destellos nupciales
el nácar de los panales
que alumbrará la pradera.
Su mano blande la hoguera
de los pánicos latidos;
linajes enternecidos

saltan en sangre improvisa
y se echan a andar de prisa
brasas de rubor vestidos.

El blanco torso levanta
la espuma de la delicia,
y el vaivén de una caricia
rige la olímpica planta.
A su huella se adelanta
la puericia del espliego;
del fresco pie sin sosiego
brota una estrella rosada,
y una muerte enamorada
devuelve a la flor su fuego.

III

Avanza por la espesura
caliente de los aromas,
vuelto en queja de palomas
el trasluz de su locura.
Presente y siempre futura
dueña de un invicto cielo,
cuaja en favilas el celo
delgado de los estambres,
y porfía con enjambres
en memorioso desvelo.

Presa de un sísmico amago
que le estrena las rodillas,

turbia de alas y semillas
se ordena al lujoso estrago.
Ojos de júbilo aciago
miran con pavor sumiso
desde su desnudo viso
brillar en la cruel manzana
la mordedura liviana
que aniquila el paraíso.

Su sangre, su sangre huye
por las gárgolas del viento;
se la bebe el mar violento
que sus nupcias reconstruye.
Un lirio en ascuas destruye
—voraz ausencia febea—
el joven pecho en que albea
la llaga del universo,
el relámpago disperso
que en pulso impar se recrea.

IV

EN LOS ojos inocentes
qué antiguo estupor de gema
cuajado en lágrimas quema
los silencios de las fuentes.
Rosa de rumbos ausentes
conturba el celeste asilo,
y ella, el corazón en vilo,
tensa la virgínea pluma,

y el frenesí de la espuma,
bullendo en el pie tranquilo.

Su ademán, el más pequeño,
que esculpe un deseo oscuro,
en el ávido futuro
crea un fantasma risueño.
Ajena a su propio sueño
que en florales furias crece,
su ciego aroma padece
perfecta flor sin abeja
que en sí misma se refleja
y en su ausencia resplandece.

De pronto irrumpe una impía
ráfaga de laberinto
y en hogueras de jacinto
vuelan las torres del día.
El rizo de la agonía
con pálido desgobierno
sustenta al meteoro tierno
que el herido andar entraña
y complica en su maraña
los penachos del infierno.

V

TODO el iris burbujea
y en una apoteosis rauda
invade la viva cauda

que tras la diosa flamea.
Con aire ambiguo jadea
porque una rosa borrada
y una espiga apresurada
ya trenzan espectros finos
entre sus huesos divinos
y en el filo de la nada.

El sol de las perlas cubre
su mirada sin respuesta,
y el estruendo de su fiesta
con parvo rumor se encubre.
En su sangre se descubre
como en un espejo hundido,
y empieza a latir fundido,
su ser, en imagen ciega,
con otra imagen que llega
del fondo, en rayo buído.

Un temblor de golondrinas
pone la brisa violeta,
y muere una voz secreta
en las albadas marinas.
Con grímpolas repentinas
muestra el fuego su decoro,
y desflorando el azoro
de los jóvenes trigales,
entre amarantos rituales
desnudo va el dios de oro.

ESTÍO

I

. . . Y ABRASADA su memoria
en un redondo zafiro,
cruza el dios con un suspiro
los umbrales de su historia.
Una llama laudatoria
que enhiesta los palomares
con recónditas pleamares
hostiga a las amapolas,
y quebranta sus farolas
en los silvestres altares.

Al soslayo de su frente
resbala una aurora antigua
—pausado olor, sangre exigua—
como escamoteada fuente
que en el nocturno fluente
de un idioma derruído,
roza el ayer del oído
que entre corolas abría,
bajo la ruda armonía
del tiempo recién urdido.

Conmueve su lengua opresa
la melodiosa noticia

que un tenue temblor inicia
y un jocundo miedo expresa.
Extraviado en la sorpresa
de su pulcro nacimiento
saborea el raro acento
de su palabra madura,
y en impávida hermosura
la entrega al amor del viento.

II

SOBRE la sombra cobarde
que los jardines devora,
de un fresco olvido creadora
la sonrisa del dios arde.
Cunde el jubiloso alarde
por las raíces del vuelo;
en gozoso paralelo
triscan zumbadoras pueblas,
y se arrugan las tinieblas
con las crecidas del cielo.

Deudo de sesgadas rosas
el mayorazgo del trigo,
mide el ámbito enemigo
de sus venas sigilosas;
un turbión de mariposas
miente el abismo dorado;
por bruscas alas cegado

respira la cruel hondura
y en su propia quemadura
busca el límite sagrado.

Dilata un delirio lento
las criptas espirituales
donde abejas vesperales
niegan su risco opulento.
Un arrobo ceniciento
nubla la fuerza divina
cuando el rostro se ilumina
suspenso en la miel remota,
mientras una insigne gota
la sacra lengua adivina.

III

PALADEA el dios su audacia,
el brioso pudor de olivo
que en relámpago votivo
sazona su aristocracia.
Las secuencias de su gracia
signa en el aire el vilano,
y la acompasada mano
de ínclitas leyes movida,
con sapiencia distraída
comba el frutal meridiano.

Destrenza el meollo del día
su abrasado ventisquero,

y un infinito lucero
pulveriza su ambrosía.
El manso efebo confía
su paso al reino maduro
y padece el soplo oscuro
que su honda estirpe recata
y sin tregua lo arrebata
en un torbellino impuro.

Corre entre alegres meteoros
el cielo de las granadas
donde lenguas azaradas
pulen sus iris sonoros.
Aparta radiantes coros,
—feudos del nácar opimo—,
festeja el fugaz arrimo
del vellón y de la pluma,
y su oro desierto abruma
con la asunción del racimo.

IV

FLOR aciaga de su mente
la progenie de la llama,
vario espejo que proclama
su soledad inocente.
Mira el dios pasar su frente,
su frente en un ala viva
del terso polvo cautiva,

polvo que abrasa un instante,
brasa mortal y distante
que en brusca sombra deriva.

Perpleja, su sangre alcanza
la blanca almendra del fuego
en un desalado aniego
de la celeste esperanza.
Prisionero en la pujanza
del confuso remolino,
quiebra el absorto camino
con un esguince violento,
y en la sed del pensamiento
renuncia el dios su destino.

Se desnudan las hogueras
con mansas crepitaciones,
y ruedan pálidos sones
en melifluas tolvaneras.
Por las calcinadas eras
fuga el canto de las trillas,
y entre nubes amarillas
de secreta arquitectura
la intacta selva fulgura
sueño adentro en las semillas.

V

EN SUS ojos se despeña
con resplandor absoluto

el fino espectro del fruto
que en tenaz retorno sueña.
Su ausente mirada enseña
los estragos de la duda;
del paisaje desanuda
los últimos nervios de oro,
y hurtada al fugaz tesoro
cae en la noche desnuda.

Sus fuertes miembros se afinan
luz a luz, en fuga rubia,
y en los claustros de la lluvia
liliales gestos empinan.
Por su frente se adivinan,
entre silencios morados,
viejos sueños ultrajados
que en ardiente epifanía
prometen al nuevo día
los sueños recién creados.

Duerme el dios, los labios presos
con la sombra de la llama.
En sí mismo se derrama;
duerme el dios entre sus huesos.
Pero con sus pies ilesos,
con la sangre en que reposa,
en aurora cautelosa
por un cielo que él no advierte,
sobre un ala de la muerte
camina la suave diosa.

OTOÑO

I

AGONIZAN los marfiles
tocados del gozo vivo
que abre el vuelo sensitivo
de sus párpados sutiles.
Apuntan briosos añiles
que el mar cela entre sus flores;
bullen lívidos fulgores
entre asfixias de oro verde,
y en un rayo gris se pierde
la guerra de los colores.

Los ojos que despertaron
sobre una mirada trunca
vagan donde siempre y nunca
sus lágrimas resbalaron.
Sobre una llaga se alzaron
que en sueños la sangre atiza,
llaga que el iris hechiza,
disfraz de soles hundidos
que se quiebra en ateridos
heliotropos de ceniza.

El aire exhausto desata
sus ínfulas cereales,

y en las sienes celestiales
la harina su olor dilata.
Un calosfrío de plata
sobrecoge las praderas
y entre cárdenas banderas
—al fusilar de sus flancos—
trazan dos lebreles blancos
una fuga de fronteras.

II

Rostros lilas inauguran
las máscaras de rocío
que las primicias del frío
por el sueño le aventuran.
Y en su entraña se clausuran
a gritos de miel forzada,
en un ascua desbocada
que a toda muerte resiste,
frutos de la alcurnia triste
que tiembla en la vid sagrada.

Con sordo desasosiego,
y entre flámulas voraces
que tornasoles rapaces
cambian en turbio trasiego;
quemado el germen del ruego
por su lengua poderosa,
contempla la frágil diosa
que de sus palmas se vierten

los óxidos que pervierten
la sonrisa de la rosa.

Heredera transparente
de un deseo sin memoria
que devora su victoria
y desconoce su fuente,
asume el brusco presente
florido de cicatrices;
un vislumbre de raíces
su confuso llanto dora,
y a su sombra cazadora
jadean las codornices.

III

Sobre extrañas azucenas
caídas detrás del sueño;
sobre jardines sin dueño,
sobre enlutadas arenas;
sobre un clamor de colmenas
en que aborta el universo,
siempre en el mudo reverso
del pulcro ser que la glosa,
su agonía voluptuosa,
su rostro a su rostro adverso.

Ella siente que esta hora
cuelga del tiempo inclinado
limpio fruto en que ha cuajado

la sucesión de la aurora.
Y el alma se le demora
como un relámpago herido
en este ser consumido
por un esplendor que aviva
la muerte aliada y esquiva
con su júbilo prohibido.

Muerte cultiva esta lumbre
que en iracundo ejercicio
traspasa con terso oficio
sus centellas de costumbre.
Sueño este sabor de herrumbre
que arde en su boca desnudo,
y este aroma linajudo
que sus púrpuras frecuenta,
sueño funeral inventa
que borra su llanto viudo.

IV

LA MUERTE, la muerte en vuelo!
Por un aire de berilo
con ofuscante sigilo
pasa un gavilán de hielo.
Lujosa llama del cielo
pliega resplandor y ala,
gris, el párpado resbala
sobre el paisaje del vino,

y en nunca usado camino
rayos de panal exhala.

Pasan nieblas de rodillas
sufriendo bosques vencidos
que arrastran cantos mordidos
y deslumbrantes mancillas.
El orto de las semillas
labora entre húmedas quejas,
y por las flautas bermejas
que el viento en la luz esconde,
con mustio soplo responde
el treno de las abejas.

Alimento sin ventura
de un sueño que no reposa,
y en juventud procelosa
nutre una ambigua escultura,
su herida sangre apresura
las bramas de la ceniza,
mientras el reino agoniza
entre apacibles congojas,
y en un gran espejo de hojas
su libre imagen se triza.

V

EN AMARILLO menguante
la flecha de Sagitario
rasga el vuelo planetario

con un silbo de diamante.
Por la tiniebla gorjeante
bruñe su espiga el granizo,
y muda, en el curvo hechizo
de la diáfana cruzada,
mirándose en su mirada
hiende el albor fronterizo.

Lacias de brusca agonía,
sobre los hombros maduros
cierran sus oros oscuros
dos alas de miel tardía.
Despojos de un ciego día
cubren sus huellas frutales,
y en las lindes zodiacales
alumbran el torso fino,
brotes del ardor divino
las lentas plumas glaciales.

Volteada en rayos de espuma,
destella un confuso lirio,
mientras el blanco delirio
su muerte a su vida suma;
y heredada por la bruma
su delgadez de rocío,
cruel galardón de su brío
se logra cuando se niega:
diosa, el abrazo despliega,
y dios, lo ciñe vacío.

INVIERNO

I

ESA LÁGRIMA proscrita
que un orbe antiguo decora
y el párpado albar desflora
en una fuga marchita,
al crudo instante limita
los suspirados caudales,
y cuando en tímidas sales
muere su muerte extranjera,
se cuaja la luz austera
de tesoros espectrales.

Vibra el herrumbroso aroma
de un tímido sacramento,
y en su arrugado lamento
un pájaro se desploma;
grises copos de paloma
buscan alianzas de nieve,
y rota la pompa breve
que el vario fantasma inventa,
su delicada osamenta
pálidos adioses llueve.

Póstuma flor de la entraña
que en el angustioso nudo

consigo fundirse pudo
y en sí misma ser extraña.
Delgado ser que hoy empaña
la virginidad del hielo
sin reconocer el cielo
que el joven dios inaugura,
creador y criatura
de un temible retornelo.

II

ROMPE un trueno de azahares
su leve piña sonora,
y rueda una ebúrnea aurora
sobre los beatos mares.
Lentos carmines polares
fraguan el rubor del día,
y alas de espuma sombría
cruzan hundiendo el paisaje
en el rasgado oleaje
de su eléctrica alegría.

Entre montañas secretas
abre el aliento divino,
y frisa un bosque hialino
con carámbanos violetas.
Salpican tiernos cometas
sus gozos desorbitados,
lumbre a lumbre flagelados

en voladora taujía,
sostienen la fiesta fría
de blanca muerte cercados.

Ondulan los asfodelos
un grave rumor de espadas,
y en corolas descuajadas
huyen los antiguos cielos.
La cerrazón de sus vuelos
roncas distancias consume,
y los ecos de un perfume
quemado en la flor del vino,
con silencio sibilino
la historia del aire asume.

III

EN UNA vidriosa trisca
de violentos arrayanes
disloca sus ademanes
la sonámbula ventisca.
Estalla la nube arisca
que el divino paso embota,
y en la confusa derrota
de las cárcavas ilesas,
entre inmóviles pavesas
vuela una máscara rota.

Devora el humus jadeante
desdeñadas vestiduras,

y las desnudeces puras
estrenan su piel radiante;
la juventud del diamante
limpia las llagas del viento,
y con sabio vencimiento
de sus deleznables rosas,
de las fuentes tenebrosas
se aparta el labio sediento.

En reposo sensitivo
apura el germen isleño
la estricta gota del sueño
que hinche su horizonte vivo.
De su silencio cautivo
juega a la sombra su suerte
en el conmovido fuerte
donde el pensamiento vela
con la arrecida candela
lloviznada por la muerte.

IV

RETROCEDE la maleza
burladora del deseo
al tranquilo centelleo
de la sagrada cabeza.
Rudo pasmo de belleza
cunde en vivas espirales,
y en las lujurias lustrales

de lapidarios ciclones
sufren las encarnaciones
quebraduras celestiales.

Se inclina el rostro profundo,
flor de una cuádruple llama,
y un sol sin pausa derrama
por las médulas del mundo.
Salmodia el claustro fecundo
de la espiritual hoguera
y en la mañana primera
del fuego desnudo, brilla
la espantosa maravilla
tras la sellada frontera.

Relampaguea una rosa
su memorial por la frente,
y el clamor de un trigo ausente
busca la lengua gloriosa.
Uvas de luz cautelosa
oblicuan lívidos astros
en los tercos alabastros
donde la sangre renuncia,
y el blanco en el blanco anuncia
la dispersión de sus rastros.

V

CIEGO, de olvido en olvido
su intacta estrella circula,

y las tinieblas vincula
con amor jamás oído.
Pensó el espejo y ha sido
desterrado del espejo
que en paréntesis perplejo
abre la muerte y entorna,
y a su soledad retorna
vencido por un reflejo.

Retorna el dios sin hallar
al enemigo en que abdica,
desde él se busca y replica
doble ardor y guerra impar.
Cuando se quiere alcanzar
en la cima de sí mismo,
pudoroso cataclismo
la victoria escamotea,
y en implacable marea
se vuelve la cumbre abismo.

Sólo la flor de la nieve
que en ardiente simulacro
cautiva del aire sacro
corrige una ausencia breve.
Sólo la flor de la nieve
volcando el cielo cetrino,
y el latido cristalino
de una cósmica agonía.
La nieve y su flor impía
sobre el silencio divino.

Formas de la agonía

CALLAR

a A. Rimbaud

RIGOR de esta ciencia rara
que en relámpago indiviso
del infierno al paraíso
quiebra el color de mi cara.
Que ya no me desampara
su asistencia abrasadora,
la palabra me devora
si me aviva el pensamiento,
y en callada flor del viento
mi antigua canción demora.

1954

LA PÁGINA VACÍA

a Stéphane Mallarmé

CÓMO atrever esta impura
cerrazón de sangre y fuego,
esta urgencia de astro ciego
contra tu feroz blancura.
Ausencia de la criatura
que su nacimiento espera,
de tu nieve prisionera
y de mis venas deudora,
en el revés de la aurora
y el no de la primavera.

1954

DESDÉN

a Paul Valéry

VUÉLVETE rosa desnuda
al carmen rosa del cielo.
La forma de mi desvelo
frente a tu sonrisa, duda.
Quiero y no quiero tu ayuda
pábulo de mi agonía;
vuelvo la espalda a tu día,
y en esta nocturna rosa,
con tu ausencia rencorosa,
me quema la geometría.

1954

Juegos del aire

LAS VOCES

CON UN manso rumor de lentas aguas
que por los tallos de la noche ruedan,
abre sonrisas de apagados lirios
la coral ciega.

Flores frías del pánico desvelo
oigo caer en cristalina muerte,
y cruzar entre ráfagas, heridas,
lenguas de nieve.

Oigo el borrado son de las raíces,
el ceniciento chorro de su audacia
tiniebla adentro despeñar perdido
la voz ajada.

Ay bosque, bosque de gargantas, bosque
de lapidaria niebla liberado:
a tu pavor instrumental someto
mi oído blanco.

1953

¿ ?

DEJÓME Dios ver su cara
cuando entre paloma y flor
sobre aquel cielo mayor
brotó una blanca almenara;
dejóme Dios ver su cara?

Me miraba Dios acaso
cuando en la noche sin mella
dejaron lirio y centella
testimonio de mi paso;
me miraba Dios acaso?

El rostro de Dios veía
cuando en el desdén profundo,
tenaz ausente del mundo
por mi propia sangre huía,
el rostro de Dios veía?

Me contempla Dios, me ve
ir de la ceniza al fuego
en un iracundo juego
la muerte quitandomé;
me contempla Dios, me ve?

O yo me estoy descubriendo
los ojos con que algún día
veré lo que no sabía
que en sueños estaba haciendo?

1954

EL RUMOR

SI GOLPEO. . . qué rumor,
qué fiesta de agua remota,
qué música de ala rota
templa en mi sangre su ardor;
qué venturoso temblor
por mi boca se adelanta,
que duda, y canta y no canta,
se enciende, se nubla, espera.
Si golpeo. . . quién me diera
tan venturosa garganta.

1954

EL TESORO

YO POSEO esta rosa deslumbrante,
esta sonrisa que la mar y el cielo
construyen con espumas y temblores
a orillas de las lágrimas y el miedo.

Yo, señor de este rayo sometido
a las clausuras del instante ciego,
una edénica gota de la muerte
sueño, descubro, alcanzo, paladeo.

1954

LUJO

Sólo un perfume, el perfume
que escoge para lucir
una rosa que al morir
de bella muerte presume;
la médula de un perfume,
la gota cambiada en vuelo,
ínfula de insigne duelo,
melancólico primor,
no-rosa y toda la flor
en los umbrales del cielo.

1955

LA RÁFAGA

Tuvo en la mano el ramo erguido,
brioso relámpago de fiesta.
Por las corolas ascendía
la luz amarga de la tierra,
la luz del hueso amanecido,
la luz en trance de cometa,
la luz alzada por su rostro
contra el fragor de la tiniebla;
la luz audaz que abre en su risco
despeñaderos a la abeja,
la luz que andaba por sus ojos
sobre las lágrimas sedientas.

Tuvo en la mano el ramo ardiente,
frágil espejo de su niebla,
hijo dulcísimo del polvo,
vuelo del polvo en primavera,
toda la sombra suspendida
sobre un suspiro que bravea.

Vientos salieron de lo oscuro
donde se fraguan las tormentas,
aires vinieron de los antros
donde la sangre se destrenza,
vientos de espina dislocada,
modos del cierzo y la marea,
torciendo nubes de palomas

matando orugas y azaleas;
vientos de muerte entre las ramas
donde la nieve cabrillea.

Brilla la mano poderosa
de tenues vínculos suspensa,
sobreviviente del estrago
sobre el tesoro yerto, cuelga,
mientras se borran los jardines
en la sonrisa de la tierra.

1955

LA GOTA

UNA GRAVE gota engruesa
lentamente su tesoro.
Tiendo la mano y espero.
Gira el planeta y derrama
su luz en la torrentera
nocturna, gira y soporta
la espuma del mármol, gira
con la tiniebla pegada
como la piel de una fiera
a sus músculos tranquilos.
Gira la tierra y espero.
Pasan pájaros y mueren
de sólo un vuelo, sin canto.
Pasan flores y reptiles,
abejas, oh, abejas pasan
hasta cegarme, hasta hacerme
una atmósfera de miel,
un doble infierno de alas.
Arde mi mano tendida;
borrado el tiempo, no sé
cuánta ceniza de rosa
ha volado de mis dedos;
cuánta amarilla resina
cuajó el aire entre las hojas.
Pende la gota perpleja,
todo el sol la habita y guarda,

todo el mar la transfigura,
todo el iris la alimenta.
Si cae, si cae en mi mano
se me borra el universo.
Hacia qué orilla de oro
salir de esta sabia lumbre,
y en qué poza del espacio
tocar un límite puro.
Mi mano tiembla, mi mano
bravea un instante, dura
clavada en un rayo tierno,
mientras se adelgaza el hilo
que el cielo oscuro sostiene.
Va a caer: qué sobresalto.
Se ha quebrado la marea;
cesó el tiempo. Miro en torno
mi espeso lugar de zarzas,
mi enmarañado solar
donde los hielos conspiran.
Y detrás del horizonte
las abejas perdurables,
oh, las abejas, resbalan
quemando el azahar marino.
Despierto, sí, y despertando
quiebro mi guante de nieve.

1956

TRÁNSITO

REPOSABA su cabeza
sobre el filo de la roca.
Un cielo lleno de dioses
pesaba en la lengua rota,
y un suspiro tenebroso
le arrasaba la memoria.
Sobre la piedra se abrían
sin fin las manos hermosas;
dejaban caer sus palmas
ríos de secas palomas,
y las recobraba el aire,
blanco arrullo y vuelo rosa,
y las recobraba el aire
vida a vida, y ola a ola.

1956

HOY

Yo no sé cuándo nací
ni cuándo me moriré;
no he sabido ni sabré
del límite allá o aquí.
Rodeándome siempre, vi
la abierta noche, azorada,
y mi razón desmandada
sólo a explicarme se atreve
como un paréntesis breve
entre la nada y la nada.

1956

PLEGARIA

Si tú estás allí, en lo oscuro,
señor sin rostro y sin pausa;
si tú eres toda la causa
y yo tu espejo inseguro.
Si soy tu sueño, y apuro
sombras de tu sueño andando,
pronuncia un decreto blando:
líbrame de no pensar,
y echa mi polvo a vagar
eternamente pensando.

1956

LA FLOR

POSEO una flor que ignora
la muerte: no se marchita;
entra en el fuego y palpita
como el pulso de la aurora.
Contra el huracán que azora
las altas torres del hielo
con la gracia de su vuelo
da lecciones a la espuma,
e intacta, los bríos suma
del mar, la tierra y el cielo.

1956

OMEGA

SUBIÓ la viña, cayeron
las moradas libaciones;
las bocas y las canciones
se amaron y destruyeron.
Uno en el otro fundieron
flor impar y muerte sola,
no hubo olvidada corola
ni sangre en vano ejercicio,
y sobre el mudo edificio
cerró el gran cero su ola.

1956

NADA

CERRADO estaba el jardín,
y dentro una rosa abierta.
Cerrado estaba el jardín,
sellada la puerta.

Toda la luz de la rosa,
gozo encumbrado del fuego.
Toda la luz de la rosa
y el ámbito ciego.

Fuera andaban las abejas;
zumbaba un viento de oro.
Fuera andaban las abejas
en limpio coro.

Dentro, en el jardín cerrado,
qué muerte tan muerte aquélla.
Dentro, en el jardín cerrado,
ni flor, ni polvo, ni huella.

1956

FUGA

CAEN los ojos de la altura
donde la nieve se empecina;
por la capciosa torrentera
rota paloma, blanca espina,
caen los ojos de la altura
en una fuga cristalina.

Ruedan los ojos, llanto y llanto.
Qué amargo río se despeña.
Cielo hecho añicos, ronca sangre
que en flor de sal su muerte sueña.
Ruedan los ojos, llanto y llanto,
disuelta va la cumbre isleña.

Qué agua tan pura entre las flores
oyen cantar en la llanura.
—Baja la dulce nieve al prado,
dice una mansa criatura.
Qué agua tan pura entre las flores
viene rodando de la altura.

1956

PRISA

DE PRISA, ya, de prisa
que apunta la mañana.
La sombra sabe al rosa
pueril de la manzana.
De prisa, ya, de prisa
que apunta la mañana.

De prisa, que ya arroja
su flecha el mediodía,
y en vertical torrente
desploma su alegría.
De prisa, que ya arroja
su flecha el mediodía.

Ya corre, corre, corre
la tarde entre violetas
mudando sin reposo
sus máscaras secretas.
Ya corre, corre, corre
la tarde entre violetas.

De prisa, ya, de prisa,
la noche comparece.
Del tenebroso vino
sólo una gota ofrece.
De prisa, ya, de prisa,

la noche comparece.
Sólo una negra gota...
De prisa, que amanece!

1956

RETORNO

LAS PALOMAS suspenden sus guirnaldas
vivas, funden, estallan; lentas plumas
llenan el iris, quiebran en dolidos
arcos la luz fragante, el aire encienden
con dulce, dulce, evaporada sangre.

Fugan rizados rayos entre espejos
profundos, entre platas derruídas,
entre torres enhiestas
de ojos vencidos, entre blancos mares,
entre esmaltados fríos, entre pieles
de saurios, entre piedras poderosas.
Huyen, se enredan, retroceden, buscan
la pálida matriz, el huevo intacto
empujan en el ciego pensamiento;
quebrantan las tinieblas del origen,
queman la cárcel dura, el laberinto
sin boca rompen, rompen y derraman
de nuevo el chorro deslumbrante, el gozo
feroz, la desatada arquitectura,
y el siempre, siempre bullidor espanto.

1956

Intemperie

NO PUEDO

NO PUEDO cerrar mis puertas
ni clausurar mis ventanas:
he de salir al camino
donde el mundo gira y clama,
he de salir al camino
a ver la muerte que pasa.

He de salir a mirar
cómo crece y se derrama
sobre el planeta encogido
la desatinada raza
que quiebra su fuente y luego
llora la ausencia del agua.

He de salir a esperar
el turbión de las palabras
que sobre la tierra cruza
y en flor los cantos arrasa,
he de salir a escuchar
el fuego entre nieve y zarza.

No puedo cerrar las puertas
ni clausurar las ventanas,
el laúd en las rodillas
y de esfinges rodeada,
puliendo azules respuestas
a sus preguntas en llamas.

Mucha sangre está corriendo
de las heridas cerradas,
mucha sangre está corriendo
por el ayer y el mañana,
y un gran ruido de torrente
viene a golpear en el alba.

Salgo al camino y escucho,
salgo a ver la luz turbada;
un cruel resuello de ahogado
sobre las bocas estalla,
y contra el cielo impasible
se pierde en nubes de escarcha.

Ni en el fondo de la noche
se detiene la ola amarga,
llena de niños que suben
con la sonrisa cortada,
ni en el fondo de la noche
queda una paloma en calma.

No puedo cerrar mis puertas
ni clausurar mis ventanas.
A mi diestra mano el sueño
mueve una iracunda espada
y echa rodando a mis pies
una rosa mutilada.

Tengo los brazos caídos
convicta de sombra y nada;
un olvidado perfume

muerde mis manos extrañas,
pero no puedo cerrar
las puertas y las ventanas,
y he de salir al camino
a ver la muerte que pasa.

1956

LLAGAS

AQUÍ está la llaga, allí, más allá.
Vuelan las llagas por el mundo.
No hay muro que libre, no hay torre que guarde,
nadie escapa a este vuelo profundo.

Desliza en las manos la llaga de oro
el lujo feroz de su guante.
Sobre los altares desiertos gotean
los amarillos solimanes.

Corre un fuego hediondo debajo del día,
solapada flor da en las lenguas.
Suben las palabras en lúcidos ramos
y una llaga sutil las afrenta.

¿En dónde sonríe el puro, el indemne?
¿Cuál es la puerta del futuro
por donde ha de llegar el dios nuevo
a borrar este infierno maduro?

¿Qué pretendes oír, caminante
que llevas abierta tu llaga?
¿Qué pretendes oír sino un canto
que el clamor de los muertos estraga?

1956

MIRA

VEN, ACÉRCATE hermano, ven y mira
la vena enlucerada que desciende
lenta por las entrañas pudorosas
del animal vencido; ven y mira
como quien quiere ver: adentro mira.

Quiero mostrarte esta sencilla puerta
que no has abierto nunca y se te ofrece
bajo las cerraduras celestiales
que abrasan mano y sangre y pensamiento;
que te devoran sin razón ni duda,
que te hacen circular por la ceniza,
que te avientan en aires pavorosos
y te devuelven a tu triste sangre,
a tu quieta mirada te devuelven,
a tus éxtasis vagos, a tu asombro,
a tu límite frío, a tus miserias,
a este asomarse a las entrañas puras
de un animal vencido. . . Pero mira,
mira y verás el rastro enlucerado,
mira y verás, porque salvado seas.

1956

EL CÍNGULO DE ORO

MIRA al cielo con todas las pupilas
que doran la penumbra de los trigos,
y abriendo un cáliz de ceniza rosa
la aurora estalla en su profundo grito.

Un instante no más, respira el cielo
y arde en su lento páramo de espumas
mientras un vago dios, con vaga mano,
corta el cíngulo de oro en su cintura.

Un instante no más, de cara al cielo,
recuerda al vago dios promesas vagas,
y triza la corona del rocío
con tranquilo furor su mano en ascuas.

Un instante no más el hombre de oro
sobrepasa el silencio de las eras,
y a la luz de las pálidas rodillas
el rostro de sus muertos reverbera.

Un instante se pliegan las palomas
en lacio frío de ámbar sorprendidas,
y funde el ramo de los rumbos ciegos
sus marchitos cristales en la brisa.

Del grito sin edad, de su incendiada
tiniebla salen los agudos vientos

que esparcen repentinas mordeduras
sobre la desmemoria de los huesos.

Sólo un instante se ajan las sonrisas
cuando sobre los nítidos manteles
el pan renuncia en una flor de fuego
bajo el asombro de una mano alegre.

Porque aquel que entre espigas se derrumba
comido por las flechas del verano,
de cara al cielo despertó un instante
y entró en el sueño rubio de los prados.

1956

Tránsito de Sor Juana Inés

I

TE ESCUCHO andar entre la hierba fina
donde la rosa de tu pensamiento
en el secreto valle, al duro viento,
cuajaba en escultura de neblina.

El rostro albar sobre la mies se inclina
descifrando figura y movimiento.
A Dios respira con amor violento,
presta a morir, la sangre matutina.

Te escucho andar, paloma de las nieves,
en encendida pluma de alegría,
sobre la oscura flor las plantas leves.

Y oigo subir la amarga melodía
que al nacer te cambió los labios breves
en custodio panal de la agonía.

II

DONDE la rosa de tu pensamiento
cruza el umbral ambiguo de la bruma
y en salados relámpagos rezuma
la antigua sombra de su nacimiento.

Cuando hacia la batalla y el lamento
quiebra la geometría de la espuma
y hace temblando la irisada suma
que en luz perfecta sufrirá su aliento.

Puntual te asiste la feroz montaña
que en recatado infierno te enamora,
que en primavera de cristal te engaña.

Y en verde lid, a orillas de la aurora,
lirios transpira tu celeste entraña
en el tallo de miel que la demora.

III

EN EL secreto valle, al duro viento,
qué diamantina cerrazón te esgrime.
Lo que tu fuego cardinal redime
ciega la arisca nube de tu acento.

Despeñada en un rayo ceniciento
la brusca estrella musical te oprime,
y aunque el pausado polvo te lastime
es la florida llama tu alimento.

Abstruso nardo en tu ademán porfía,
que vive adicto a su enconada lumbre
y del carmen feliz se descarría.

Guerra te libra el cuerpo de costumbre,
porque para morir en su alegría
necesitas vivir su podredumbre.

IV

CUAJABA en escultura de neblina
el vago arcángel en tu voz confeso,
y hacia una perla sin razón ni peso
creció tu idioma en turba cristalina.

Paladeaste una llaga repentina.
Quebró tu lengua el primordial suceso,
y en cauteloso oriente el canto ileso
librado fue de tu precoz espina.

Tan frágil tu descanso, criatura,
tan leve tu respiro, tan desnudo
el pecho que se explica en su blancura.

Y sola tú, sin lámpara ni escudo,
y sola tú, sin llanto ni pavura.
¿Cómo tu brizna con el viento pudo?

V

EL ROSTRO albar sobre la mies se inclina
en la abrasada curva del azoro,

y luz a luz enfrenta el rubio coro
su curiosa pregunta columbina.

La púber estación que la enjazmina
arriesga al sol su pálido tesoro,
y entre copiosas ráfagas de oro
en pradiales victorias se empecina.

Así la sueño en el cuantioso estío
pulsando la eucarística tiniebla
que en prieto nudo amarteló su brío.

Mientras la espiga que su mano puebla,
la piel amaga con sabroso frío
y el hueso invade en incendiada niebla.

VI

DESCIFRANDO figura y movimiento
en caprichoso manantial te anegas,
midiéndote las alas mientras juegas
o haciendo de tu danza un sufrimiento.

¿Qué luz te da su blanco asentimiento
cuando al seguro de su germen llegas,
y abre a puntas de miel estrellas ciegas,
furioso pasto de tu entendimiento?

Que no se enciende abeja entre las flores,
que no estrena la rosa cruel arruga,
que el rocío no piensa resplandores,

cuando en tu lengua un serafín madruga
con el diagrama fiel de sus amores
y la razón tranquila de su fuga.

VII

A DIOS respira con amor violento
y en el duro ejercicio resplandece,
porque la brasa original acrece
su cuerpo vivo en ofertorio lento.

¿Cómo abreviar el tránsito opulento
que en la proeza celestial florece,
por gozar la sonrisa que padece
plural eclipse en el divino invento!

Sopla del monte, sopla del majuelo,
de la garganta que su sal gorjea,
del guijarro, del pan, del asfodelo.

Sopla el salmo sutil que a Dios corea,
y ella, paloma entre jardín y cielo,
suspendida y sin lágrimas alea.

VIII

PRESTA a morir la sangre matutina
en urgente coral desmanda el paso.

El orto grave funde al tierno ocaso
y en madura tormenta se confina.

La doble hazaña de tu edad culmina
y ciñe al universo en puño escaso.
Cruje el ámbar en mínimo fracaso
y tu burlada muerte desatina.

Porque en guerrero lirio te adelantas
y en la espuma del día te despeñas.
Quetzal, te oprime todo el bosque y cantas,

Toda la luz te grita ¡ahora! y sueñas.
Tinta en nocturnas vides te levantas,
y eternidad de flor al polvo enseñas.

IX

TE ESCUCHO andar, paloma de las nieves,
que el rubor de los iris apacientas.
Nácar que el ñublo de un suspiro ostentas,
a la intemperie del amor te atreves.

Tú, que los sismos de la miel promueves
en la mística rosa que frecuentas,
que en la troje del rayo te alimentas
y que en el sueño del diamante bebes,

descubres ¡ay! el tenebroso huerto,
la cruel espiga que tu sangre apura,
la fuente que te absorbe en su desierto,

la sombra que en su vena te inaugura
y el llanto, el llanto y el espejo muerto
que no supo mirarse en tu blancura.

X

EN ENCENDIDA pluma de alegría,
canoro serafín de las praderas,
paseaste tus agudas primaveras
de flor difícil y de escaso día.

Crecido en celestial sabiduría
sufriste las sañudas tolvaneras,
y tus tranquilas lágrimas viajeras
sazonaron la pulcra eucaristía.

Alzaste el pan y el vino de tu canto,
y en doble hoguera por secreta gracia,
quemó tu lengua el cuerpo sacrosanto.

Tragó el reptil amargo su falacia,
tu amor perfecto destruyó el encanto
y plugo al cielo tu divina audacia.

XI

SOBRE la oscura flor las plantas leves
en la urgida aventura planetaria,

con más tierno primor, en muerte diaria
hacia el andar imponderable mueves.

Menos al polvo en cada fuga debes,
hija del fuego en llaga voluntaria.
Por descubrir la estrella originaria
su cielo afliges, su órbita conmueves.

Vas a ti desde ti, rumbos divinos
se enredan en la llama cautelosa
con que destruyes lágrimas y trinos.

Y estás en tu sonrisa poderosa,
ya de vuelta de todos los caminos,
con todas las edades de la rosa.

XII

...Y OIGO subir la amarga melodía,
dolor de flauta, cárdeno suspiro
que el aire aguija con secreto giro,
y es de tu sangre turbia epifanía.

Tromba de abejas que el verano espía
desde el negro cristal de su retiro,
y aprieta en un edénico respiro
las furias de su pálida ambrosía.

Todo quedó encerrado en su simiente:
entre vigilia y sueño vislumbrado,
rasgó la luz en fuga transparente.

Todo se fue para volver cantado,
y ¡oh dura servidumbre del presente,
nada se atreve a ser tan olvidado!

XIII

¿QUÉ, AL nacer, te cambió los labios breves
en hontanar de trémula noticia
y detuvo con párvula primicia
la fuga tornamiel de sus relieves,

para que contra el alba te subleves
y hagas a tus blancuras injusticia,
madrugues en la trágica milicia
y a tu infanta de un día muerta lleves?

¡Ay!, dulce barro invicto en la azucena,
laureada espuma en la íntima paloma
que en corto arrullo vida y muerte estrena.

Turbado fuiste por voraz idioma,
y el tiempo de tu flor fue el de tu pena:
saber la flor y no vivir su aroma.

XIV

EN CUSTODIO panal de la agonía
trocada fuiste, galardón de abejas.

Y en el terreno paraíso espejas
la flor que abrasa en el cristal que enfría.

Tu sangre en Dios confusa, en Dios ardía,
y en Dios buscaba sus raíces viejas.
Eras el instrumento de sus quejas
que a la desnuda miel se convertía.

Del canto a la plegaria consumiste
mujer y arcángel en melado fuego
y de gemela muerte renaciste.

Orar te oyó cantando el mundo ciego.
Y Dios, en la poesía que sufriste,
y en éxtasis caudal, bebió tu ruego.

DE
Canto

Islas

ISLA EN LA TIERRA

AL NORTE el frío y su jazmín quebrado.
Al este un ruiseñor lleno de espinas.
Al sur la rosa en sus aéreas minas,
y al oeste un camino ensimismado.

Al norte un ángel yace amordazado.
Al este el llanto ordena sus neblinas.
Al sur mi tierno haz de palmas finas,
y al oeste mi puerta y mi cuidado.

Pudo un vuelo de nube o de suspiro
trazar esta finísima frontera
que defiende sin mengua mi retiro.

Un lejano castigo de ola estalla
y muerde tus olvidos de extranjera,
mi isla seca en mitad de la batalla.

ISLA EN EL MAR

MARINEROS gastados sobre el puente.
Niebla en la sangre; su mirada anegan
cicatrices de adioses y navegan
con un mapa de miel bajo la frente.

De pecho adentro marinera gente.
Firmes vigías que las algas ciegan
en el silencio en que los peces juegan.
Voy a llorar en vuestra lengua ausente.

Ni troncos, ni veleros en desvelo,
ni puños de cristal en la garganta,
ni dios sin rostro en el oscuro cielo.

Una tierra obediente a mi sonrisa,
un lugar sin raíz que gira y canta,
donde la muerte nunca tiene prisa.

ISLA EN LA LUZ

SE ABRASÓ la paloma en su blancura.
Murió la corza entre la hierba fría.
Murió la flor sin nombre todavía
y el fino lobo de inocencia oscura.

Murió el ojo del pez en la onda dura.
Murió el agua acosada por el día.
Murió la perla en su lujosa umbría.
Cayó el olivo y la manzana pura.

De azúcares de ala y blancas piedras
suben los arrecifes cegadores
en invasión de lujuriosas hiedras.

Cementerio de angélicos desiertos:
guarda entre tus dormidos pobladores
sitio también para mis ojos muertos.

1939

Liras

I

ROSA, rosa escondida
—finísimo cometa de jardines—
que en mi carne aprehendida
cierran los querubines
con una lenta curva de violines.

Herida, herida vienes.
Tu sangre por mis venas adelantas;
en mi voz te sostienes,
y sobre aéreas plantas,
amor secreto de la hoguera, cantas.

El filo vigilante
del hielo te cercó por la negrura.
Atravesó el diamante
tu briosa frescura
y fue sólo un perfume tu armadura.

Tu vuelo sumergido
sorprendió la raíz de los desiertos.
Yo escuché tu látido
a través de los muertos
que aún tiene tu relámpago despiertos.

¿En mí vas a apagarte?
¿Voy a ser yo el silencio de tu fuego?
¿Logrará sujetarte
este círculo ciego,
esta prisión amarga que te entrego?

¿O soy yo quien me fundo
en una claridad desesperada,
y contigo me hundo
y ya voy libertada
sin comprenderte y en el sueño anclada?

II

SÓLO el menguado aliento
de una flor bajo el agua, sosegado.
Un bosquejo de viento
para siempre callado,
de selvas y de nubes olvidado.

Muerde el agua la piedra
y sus grises recónditos devora.
Pero en sus nervios medra
la palabra sin hora
que no alumbra su lengua turbadora.

Un lucero quebrado
punza en la savia de los jazmineros,
en tierna noche ahogado

por íntimos senderos.
Oh luz desierta de ojos venideros.

El pájaro se entrega
al eslabón de su garganta viva
y arde en la dulce brega.
Pero la curva esquiva
atraviesa su carne sensitiva

y sigue conmoviendo
pulidos pechos de caliente raso;
y por la sombra huyendo,
rubor de Dios, acaso
el revés de la sangre oye su paso.

Pulso de la sonrisa.
Embrión de niebla bajo el tacto agudo
de la muerte indecisa;
hijo sin sombra, mudo,
detrás del sueño, trágico y desnudo.

III

PASAN ciervos heridos
entre las acres brumas, jadeando,
por su sangre seguidos.
Pisan un cielo blando
ya por aires sin patria respirando.

Pasa una golondrina
sobre flecha de sal y flor secreta,
y su cabeza fina,
llena de luz violeta,
al fiero cisne de la espuma reta.

Pasa el pez sorprendido
en el lunario fuego de su escama.
Nada en un mar huído
que de lejos reclama
la blanca herida de su aguda llama.

Pasa un reptil mordido
por una gran palabra con espinas.
Su corazón caído
deja escapar divinas
palomas engendradas en sus ruinas.

Pasan llorando nieve,
tan cerca que me enfrían la mirada.
Mi boca no se atreve,
fija en su doble espada,
a detener la rueda disparada.

Y a la luz que me grita
hurto el pecho, y tenaz desobedezco
al ángel que me habita.
En dura tierra crezco
y mirando mis huesos envejezco.

IV

¿Por qué me duele el cielo,
su luz de llaga que olvidó la muerte?
¿Por qué este oscuro duelo
que mi lengua pervierte
y en mi propio verdugo me convierte?

Voy a vivir la estrella,
voy a tocar su frente de alegría.
Voy a matar la huella.
Voy a estrenar el día.
Voy a olvidar la gran palabra fría.

Voy con el agua entera
llena de pechos vivos y rumores;
la mansa, la viajera
de los largos temblores,
la de los infinitos ruiseñores.

Voy por la savia oscura.
Voy a crecer con cedros y palmeras.
Voy por la rosa pura,
por las enredaderas,
por los pausados musgos de las eras.

Por la vena del oro
suelto mis minerales sensitivos.
Gastaré mi tesoro,

mis panales altivos,
la silenciosa luz de mis olivos.

Voy a escapar... Ya siento
flotar mi gran raíz libre y desnuda!
Pero no... Me arrepiento
y tuerzo el ceño, ruda,
amarga, amarga, amarga, amarga y muda.

V

Voy a llorar sin prisa.
Voy a llorar hasta olvidar el llanto
y lograr la sonrisa
sin cerrazón de espanto
que traspase mis huesos y mi canto.

Por el árbol inerme
que un corazón de pájaro calienta
y sin gemido duerme,
y al gran silencio enfrenta
sin esta altiva lengua cenicienta.

Por el cordero leve
de la pezuña tierna y belfo rosa;
por su vibrante nieve
que la tiniebla acosa
y al final de un relámpago reposa.

Por la hormiga azorada
que un bosque de cien hojas aprisiona;
por su pequeña nada
que al misterio no encona
y que la enorme muerte no perdona.

Por la nube que alcanza
los umbrales de un lirio sin semilla.
Lengua de la mudanza
sin éxtasis ni orilla,
que no sabe morirse de rodillas.

Por la hierba y el astro.
¿Cómo miden tus ojos, Dios oscuro?
Por el más leve rastro
de sombra contra el muro,
mi llanto ha abierto su cristal maduro.

VI

PÉSAME la mañana
dilapidada en una arruga. Era
una luz de campana
de diamante, agorera
de un fabuloso parto de la esfera.

Pésame el agua, el río,
los hondos limos a mis pies negados,
los deleitosos fríos

de los juncos, rehusados;
al caminante espejo abandonados.

Pésame la sonrisa
que maltraté como a un cabrito herido
que buscaba en la brisa
la fuente y el olvido
para su angosto pecho empobrecido.

Pésame el pensamiento
que me llenó de nubes la garganta.
Pésame el duro aliento
que acaricia y quebranta:
serpiente-flor que en mis jardines canta.

Pésame la pregunta
que en la afligida paz de los secanos
hundió su terca punta,
mientras iban mis manos
quemando por el aire sus veranos.

Pésame el desconcierto
de mi lengua en la pura sinfonía;
el minuto desierto
y la torpe agonía
incubando escorpiones en el día.

VII

FLORECEN cicatrices:
los gérmenes combaten su futuro

en las hondas matrices,
y en mi llanto seguro
la luz pregusta su deseo oscuro.

Por los sin labios clama
mi sangre en sus idiomas afligidos.
Quiebra su fija llama
por los desconocidos
que en los huecos del ser están hundidos.

Llama un sabor desnudo:
clava en mi boca el desoído ruego
que a mi palabra anudo
y a mi dolor entrego
para la flor dormida de su fuego.

Llama un tímido aroma
sin cuerpo a mi cabeza desprendida.
Detrás de una paloma,
qué tempestad cohibida
con su música blanca me intimida.

Llama a mi piel el viento.
Con su más lenta espiga me sorprende.
Su esculpido lamento
por mis hombros desciende.
Mi carne tiembla porque ya comprende.

Bien sé que andan inválidos
por la ceguera de mi voz gastada.
Pero sus gritos pálidos

dirán la miel anclada
después de mi silencio sin morada.

VIII

SOSEGARÉ a mi nube.
Diré: Vuelve a tu cisne innumerable.
Al aire grande sube.
Déjame en lo durable.
Dispersa ya tu muro imponderable.

Quiero mi luz perfecta,
mi firme desnudez de piedra antigua.
La simple vía recta
y la vertiente exigua
que toda sed sin alas apacigua.

Diré a mi nube blanda:
Can de mi pensamiento, vuelve al río.
Tus espumas desanda.
Muérete en el rocío,
en el oro, en la sangre y en el frío.

Deja en paz mi cabeza
desfigurada por tu mar volante.
No quiero la destreza
de tu piadoso guante
ni tu victoria tímida y menguante.

Vete, disfraz del llanto.
Arráncame tu hiedra engañadora.
Sáname de tu encanto
estas briznas de hora
en que tu eclipse audaz no me devora.

Retorna a la difusa
fuente donde busqué tu mal amigo.
Mi silencio te acusa
porque ya no consigo
consumir sin dolor mi oscuro trigo.

IX

MI SANGRE me lo dijo
con voz abierta y llena de campanas.
Tú no dirás: Elijo.
Tus batallas son vanas.
Mira a las criaturas, tus hermanas.

Pon el pie en esa huella:
escúchate crecer para la muerte.
Palpa la leve mella
que en polvo te convierte
sin que pueda tu orgullo detenerte.

Ya viste arder las ramas.
Ya alzaste lunas en la carne nueva.

Amiga de las llamas,
ya conoces que nieva.
Aprende a amar el río que te lleva.

Pasó tu pecho fino
perdido entre palomas celestiales.
Tu garganta de lino.
Tus puros manantiales
ya saben reflejar los vendavales.

No alces la voz, no gimas.
Mira mi flor brillar bajo otras frentes.
Sin razón te lastimas.
Mira cómo, sonrientes,
caminan sin dolor los obedientes.

1938

De los vivos

I

SOBRE el tembladeral la casa puesta
y para huir el filo de una espada.
Niebla contra la voz encarcelada
que en mi oído cadáveres acuesta.

¿Quién mina las columnas de la fiesta?
¿Qué nave enturbia el aire, disfrazada,
y me arroja en el alma un ancla helada
cuando su siega mi sonrisa apresta?

¿Qué perfume enemigo me amenaza
desde la mansedumbre del espliego,
que se me caen las manos como muertas?

Nube sumisa y cruel mis pies enlaza,
y ante el silencio de la flor y el fuego
me consume el aliento de las puertas.

II

TRASPASÉ las fronteras de la rosa,
pisé caminos que la luz no usa,

y entre fríos cabellos de medusa
malgasté mi sonrisa más dichosa.

Contra el viento solté una mariposa
y vi mis huesos relucir confusa.
Oigo el coro enterrado que me acusa
desde mi propia carne temblorosa.

Empiezo a andar sobre mi voz ardida,
y ante la audacia de mi boca acerba
que devora dos ríos paralelos,

en su humildad perfecta defendida,
la señal de la muerte hace la hierba
doblada ya sobre futuros cielos.

III

ABEJA que sostienes tu oro antiguo
y sabes el color de la alegría,
secuestrada en tu firme geometría
la muerte incuba su silencio ambiguo.

Ayúdame a ordenar mi pecho exiguo
derramado entre el canto y la agonía.
Que sobre inmensa flor de miel al día
vi afirmar sus columnas, atestiguo.

Tú me ignoras tocándome la frente
y traspasas espectros de praderas
en la abrasada niebla de mi aliento.

No me ves, ni tu boca me presiente,
pero en la cumbre de la rosa esperas
mi futuro mensaje sobre el viento.

IV

AGUDO aroma de jardín extinto
ciñe sierpes de escarcha a mi cintura.
Fuera del aire, en soledad madura,
campos de jaspe me abren su recinto.

La voz muerta en su tierno laberinto
entre flautas de lirio y seda dura.
Sobre una selva de coral, oscura,
sellados mis panales de jacinto.

Isla del cielo... Arisco valle espera
entre montañas de ateridos flancos
donde laboran ángeles de cera.

Y en silencio sin fin, con mano leve,
labra angustiado mis palacios blancos
el geómetra secreto de la nieve.

V

LENGUA del mal, guijarro de la muerte:
con la finura de un puñal escueto,

me rozó la cintura tu secreto
y consumí la luz por comprenderte.

En puros signos pretendí esconderte,
color de sangre anclada y viejo abeto.
Tajó mi voz tu pálido esqueleto...
Mi garganta no pudo contenerte.

A veces pasas por mis ojos, lento,
como un leopardo de humo que se estira
hasta morir hilado por el viento.

O en mi sonrisa encubres, de repente,
un ángel sosegado que se mira
arder los pies sobre incendiado puente.

De los muertos

I

SEMILLERO de soles y azucenas
entre muros de miel y agua marina.
Helero en flor, con voluntad divina,
manaba mundos por abiertas venas.

Corza, delfín y ruiseñor sin penas,
trigo inocente, infancia de la encina,
curva feliz que se ignoraba espina
cuando eran sangre y lágrimas ajenas.

Tierna luz, frágil luz madura y fría,
río en mis ojos alumbrado y muerto,
con negros esqueletos en el fondo.

Ya hay pájaros mojados de agonía
y nardos rotos... Ahora está despierto
el niño herido que en la voz escondo.

II

MI BOCA dio una flor para abolirse
sin repetir su fina arquitectura.

En el viento cayó su forma pura
y fue en secretas tumbas a pudrirse.

Comenzó mi raíz a desasirse
y echó a andar sus arroyos de locura.
Sin fuentes ya, sobre la sombra dura
retorcieron su sed hasta morirse.

Con lumbre de palomas y rocío,
con el jazmín fantasma de la espuma,
con las curvas del vuelo y la caricia,

puedo reconstruirte, sueño frío,
en un hueco salobre de la bruma
donde la muerte su alfabeto inicia.

III

TIERNO jardín de lunas voladoras
bajo una niebla de algas, entreabiertas.
Esquemas de alas, mariposas muertas
en un aire de palmas segadoras.

Sonrisa sin edad de las auroras.
Cervatillo secreto y sin alertas.
Ni llave ni huracán frente a las puertas:
dormida sed de estirpes cazadoras.

Luz de mi sangre, espejo de alegría,
dibujaba los límites del cielo
donde la miel su ejército movía.

Espacio entre paloma y agua pura,
con la medida de un pequeño vuelo
que no intentó mellar la espada oscura.

IV

RAMA de alas en el aire muerta.
Raíz de vuelos que la sangre anuda.
Librados nervios de guitarra muda
yacente bajo arena y mar desierta.

Tierno acero del agua, espada incierta,
entre metal y flor, tembló desnuda.
Quebróla un eco, su batalla aguda,
antes de entrar por la encendida puerta.

Enlutaron su oído hierba y ave...
Dejóse en su arrayán morir la abeja,
y el llanto pudo ser, halló su clave.

Con espinas de sal quemó el rocío,
y el mundo tuvo una sonrisa vieja.
Aquel grito tan nuevo no era el mío.

V

TORRE donde fui muro y habitante,
entre asedios de miel y golondrinas.

Fue sobre una inocencia de neblinas
su mentida experiencia de diamante.

¡Oh mi andar sin razón, cielo adelante!
La sangre, tan callada en las colinas,
cerró el idioma de sus crueles minas
a mi músico oído vigilante.

Un día sentí espadas en la boca
y me rodearon turbios cementerios...
Pisé mis ojos, ángeles caídos.

La luz me hirió como erizada roca,
y busqué los tenaces cautiverios
sin piedad de mis pájaros perdidos.

Itinerario

POEMAS DE AMOR

a Roberto

TÚ DUERMES EN UN BARCO

TÚ DUERMES en un barco.
Vas dormido.
Tu corazón descansa sobre la maravilla.
El mar en flor de muertes te sostiene la vida.

Lejos de mi caricia
sin idioma
que acurruca sus pájaros de miel desamparada
y aprieta sus espinas hasta ponerse blanca.

Lejos, tú vas, dormido.
¡Qué inocencia!
El ojo atormentado del agua te vigila
con secretos ejércitos de miradas hundidas.

Tú duermes en un barco
estremecido,
atravesado de alas, espigas y lamentos,
la proa acorazada de blanquísimos pechos.

Lejos, estás dormido.
¡Oh, mar, tú sabes!
Mi soledad de limpia y triste sangre empieza
a construir su rosa de ángeles y niebla.

TÚ, ENTRE MONTAÑAS

¡OH AMOR de tierra y nieve,
oh amor frío!
¡Oh pinares que suben como verdes puñales!
¡Oh verde y negro y blanco por la asombrada sangre!

¡Oh blancura que mata!
Tú la miras.
Ay, peso de palomas en el menguado pecho.
Tormenta de azucenas, blancos potros de hielo.

¡Oh afilada blancura!
Tú la sufres.
Tú llorando tus éxtasis por los solemnes aires,
los ojos derramados en la olvidada carne.

Tú andando entre montañas,
combatido.
Tú asediado, mordido por blancos instrumentos.
Tú entre la blanca música que enfría el blanco viento.

Tú por entre montañas
castigado
por un bello suspiro de muerte que te enseña
una miel que traspasa las leyes de la abeja.

VAS A TOCAR LA TIERRA

DEJASTE herida el agua.
Escucha al agua.
Escucha a los maderos de aromas gorjeantes.
Escucha los violines de sal que abandonaste.

¿No tira de tus miembros
fugitivos,
un fino brazo ebrio, lleno de ramas verdes,
que te invade la sangre con friísimos seres?

¿No te cercan el pecho
disparado,
vivas espadas de ámbar quebradas al tocarte
y labios desprendidos que te endulzan el aire?

Escucha a los diamantes
gemidores.
Vuelve a mirarles, mira: la enloquecida espuma
con fiebre de palomas grita su desventura.

Vas a tocar la tierra
solitario.
Tu frente irá dejando volar grandes violetas,
y no sabrás de dónde caen en tu boca flechas.

TÚ, EN TRENES DE CRISTAL

LA TIERRA se ha quedado
por sus valles.
Sobre el vientre infinito cae agua de amargura.
Madre, y madre con llanto, su grito azul sepulta.

Tú ya te has desprendido,
te has cortado
con las manos sonámbulas un gran tallo inocente.
Por los lujosos cielos no sabes que te duele.

Tu cuerpo es ya ligera
flor del eco.
Miras tus pies lejanos sobre una hierba triste
y tus ojos que andaban tan cerca de morirse.

¿Qué máquina te arrastra
y te remueve?
¿Qué delicadas minas despiertan en tu sangre?
¿Qué labran y qué pulen obreros delirantes?

De cumbre en cumbre cantas.
Sí, te llevan.
Y ya no es la madera, no puede ser el hierro:
es el cristal más fino y el más agudo viento.

TÚ SOSTIENES TU JÚBILO

AY, POR qué te has quedado
distraído?
¿Quién anda por tu cara con una flor de acero?
¿Quién en tus ojos iza un pájaro desierto?

Has despreciado al ángel
del gran frío.
Has dejado un momento quebrarse al duro viento
su mirada de espumas y perfecto silencio.

Ay, de tu corazón
en equilibrio,
vuelan cadenas finas de palomas azules.
Van dormidas y llevan sangre en los picos dulces.

Sobre claros países
extendidas,
calles del cielo, acercan tu conmovida sombra,
y un rumor parecido a un gran jardín con olas.

Ay, que estabas cayendo
para el ángel.
Pero ya has recobrado tu espada de luz viva,
tu agua, tu lucero, tus rosas y tu espiga.

TÚ, EXTRANJERO

¿QUIÉN me cambia los ojos?,
te preguntas.
¿Quién ha abierto en mi tacto ventanas misteriosas?
¿Quién me llena de niños las manos y la boca?

La tierra se levanta
hasta mi pecho.
Sus cortezas hundidas despiertan repobladas
en un lento abanico florido de fantasmas.

Un rudo pie de hombre.
Un brazo tierno.
Un rostro ceniciento brillando en fría luna.
Un torso acribillado por espadas de lluvia.

Una flor inclinada
hace mil años.
Un elástico potro de niebla embravecida
y un pájaro caído sobre su sombra fina.

Ay, qué dolor tan nuevo,
qué ardua vida!
Al respirar me siento crujir el esqueleto
cual si mi boca fuera túnel del universo.

TÚ, EN LOS PUEBLOS DEL AIRE

TÚ VAS, porque lo quieres,
por el aire.
Tú, sin avión, sin alas, tú, todopoderoso
hombre, deseo de hombre, vas por el aire, solo.

Salen a recibirte
melancólicos,
los vilanos, el humo, las briznas vegetales,
los pájaros que quieren morir o acompañarte.

Finas banderas izan
las ciudades.
Aquí las melodías en las plazas angélicas
giran encadenando tu cabeza sin tregua.

Calles del aire alto.
Puertas vivas.
Ciudad de las palabras y los alientos muertos.
Ciudad de las tormentas por donde vas sin miedo.

Sigue... En el frágil pueblo
del perfume,
te espera un beso antiguo vestido de paloma,
y otro un poco más joven que se mira en la rosa.

TÚ ECHANDO A VOLAR CARTAS

CAMINOS y caminos
enredados
vienen desde tu sangre con su rumor de selva,
con llama azul y blanca de llaga y de nevera.

Caminos y caminos
tropezando
vienen entre montañas y llanuras eternas:
mojados y floridos, hierro, temblor y seda.

Vienen atravesando
tierra y cielo.
Vienen blandiendo espumas, agua, luz, aguijones,
ríos de heridas flautas y jaurías de flores.

Vienen, vienen y llegan
a rodearme,
los caminos que saltan como venados lúcidos,
afinados de fiebre, desde tu pecho oscuro.

Convocando a los vientos
yo te miro,
echando a volar cartas donde mi nombre empieza
un destino de pájaro nacido en tu obediencia.

TÚ, POR MI PENSAMIENTO

¿QUE SE estiró la tierra
hasta el gemido?
¿Que fue el cielo sonando sus campanas azules
desde el pálido sueño a la sangre que sufre?

¿Que se ha cruzado un río,
llanto y llanto?
¿Que se han cruzado veinte galopes de cristales,
con sus veinte misterios llenos de claridades?

¿Que se alzó la montaña
poderosa?
¿Que alargó el alto hielo su selva inmaculada?
¿Que las rocas crecieron para tapar tu cara?

¿Que el viento se hizo espeso
como piedra,
como una inmensa rueda de vidrio turbulento
girando entre tus sienes y el rumor de mis besos?

¿Que el espacio se burla
de mis ojos?
¡Ah, no! Yo sé el camino para poder hallarte.
La muerte me ha mirado caminar por sus valles.

TÚ, JUNTO AL MAR LEJANO

UN LUCERO de sal
sobre la arena.
Una ola que quiebra su ramazón de nardos.
Una piedra, una orilla, tú, junto al mar lejano.

Tú, junto al mar lejano,
luz de hombre!
Tú, junto al mar lejano, gustando viejas lágrimas.
Tú, buscando tu antiguo corazón sin mañana.

Tú, junto al mar lejano,
sin sonrisa,
cortando heridas nuevas en el jardín del viento.
Tú, junto al mar lejano llorando mi silencio.

Tú, junto al mar lejano,
sien florida.
Tú, guardando en los ojos pájaros que no he visto.
Tú, con el pecho abierto para el dolor marino.

Tú, por el mar lejano
respirando,
varón de canto amargo, en el olor del agua,
cabelleras agudas y profundos fantasmas.

TÚ ACARICIAS UN ÁRBOL

NO TE conoce el cielo
que te mira.
Tus pies entre esta hierba tiemblan como dos niños
que en la noche del bosque perdieron el camino.

Hombre, mira tus manos
recogidas.
Mira tu corazón en un tímido acecho.
Mira tu frente blanca como un jazmín con miedo.

¿Se retira la tierra
que tú pisas?
¿Los pájaros no quieren calentarte los ojos?
¿Qué huecos en el aire se llenan de sollozos?

Sobre el árbol despierta
tu caricia.
Una viva paloma de lenta miel sacude
las escondidas venas que por el tronco huyen.

¡Deja el árbol y mira
mi fantasma!
¡Ay, perdido extranjero, tu patria es mi sonrisa!
Tierras enamoradas guardan tu huella antigua.

TÚ, SOBRE VIEJAS PIEDRAS

SUENA en la vieja calle
tu pisada.
Porque hace muchas vidas esperaban oírte,
las piedras reconocen su largo sueño y gimen.

Vas por la vieja calle
distraído.
Tu corazón, vestido de alegre ciervo, salta
por un lejano bosque de sangre desterrada.

Tus pies avanzan lentos
como espigas.
Ha sido necesario que los huesos se abriesen
mil años bajo tierra para tu flor sufriente.

Caminas en silencio
sostenido.
Y sólo para amar tu relámpago triste
las piedras han mirado volar sus pechos grises.

Sobre ojos, sobre labios,
distraído.
Sobre opacos, dolientes, mustios ángeles marchas,
ya con muerte y sonrisa después de tus pisadas.

TÚ ESPERANDO MI SOMBRA

AHORA que oyes tu sangre
me has oído.
Ahora que te has quedado dueño del universo,
la más desamparada criatura del tiempo.

Ahora que te has quedado
solo y solo.
En este instante puro para mirar la muerte
puede mi sombra amiga reconquistar tu frente.

¿Has buscado en el agua
mi sonrisa?
¿Te has inclinado a veces para tocar la tierra
donde el musgo defiende las flores más pequeñas?

¿Has mirado la nube
sin descanso?
¿Has tomado del viento las semillas secretas?
¿Has tocado las locas manos de la tormenta?

¿No me has reconocido?
Óyeme ahora:
mira en tu soledad una abeja dormida,
que elabora en el sueño su miel sin alegría.

TÚ TE ACERCAS

EL AIRE me ha soltado
alrededor
sus manadas de limpias y ágiles bestezuelas:
a mis ojos se asoman y con mis trenzas juegan.

Andan viejas guitarras
escondidas,
sorprendiendo en mis venas sus tímidos espejos
y llenando de oscuros palomos mi silencio.

La luz me arroja avispas
y corales.
Tiembla mi corazón como un corzo entre espadas
y grandes rosas llegan a alumbrame la cara.

Ya viene el aire, el aire
con tu nombre.
El aire me ha ceñido de platas soleadas,
y un oleaje de trigo me nubla la garganta.

Ya viene el aire, el aire
del regreso.
Las manos se me caen como lentos racimos,
y apenas si comprendo este remoto frío.

TÚ HAS VUELTO

DAME la mano ángel
sin heridas.
Piedra, dame tu esquivo corazón sin arrugas.
Nube, dame tu rostro de repentina fruta.

Hermanos, sostenedme
la alegría.
Temo que la ceniza me invada de repente.
Voy a caer sin sangre, van a volar mis sienes.

Pasa una larga rosa
por mis hombros.
Un mar adolescente me riza los cabellos.
Mis pies tocan apenas las cúpulas del viento.

Hermanos, rodeadme
porque temo
que mis ojos se alejen como trompos de niebla
o que sobre mi pecho se derrame la tierra.

Ángel sin duelo, dame
tu sonrisa.
Corroboradme hermanos para que yo no encuentre
sino andando a través de sus ojos la muerte.

1938

DE

Canto a Montevideo

I

SIGUIENDO los temblores de un pájaro en el viento
dormían con el pecho cerrado las colinas,
firme bajo la hierba su oscuro movimiento.

Entre tiernos arroyos y fragancias marinas,
las nubes vegetales alzaban guerreando
venas de fresco azúcar y saladas espinas.

El océano entraba por el este cantando.
Su lengua de algas frías y duros caracoles
en las blancas orillas reposaba temblando.

Y los ardientes limos quemados por los soles
del Río de los Pájaros, flechas de llama lenta,
estremecida tierra de verdes tornasoles,

abriendo del estuario la garganta violenta,
nublaban los metales del Atlántico duro,
sus claros ademanes de invasora tormenta.

Aquí estaba creciendo el secreto futuro,
la raíz de tus huesos, ciudad de hierba y canto,
fina estrella de sílice y jazmín inseguro.

Te cruzaban los hombres sin sonrisa y sin llanto,
puros como las bestias que el cielo custodiaba.
Medían tus perfiles sus ojos sin espanto.

El amargo charrúa tus sienes calentaba
y la arisca inocencia de su sangre extinguida
con la más ardua rosa tu corazón fundaba.

Suya y de las gaviotas, de la nutria pulida,
de las doradas liebres y las finas torcaces,
con águilas y pumas secretos compartida,

fue la tierra en que te alzas. Y los cielos fugaces,
y la lluvia que henchía las pitangas sabrosas
y mojaba las dulces raíces montaraces;

la brisa que meneaba las ramas olorosas,
la sombra de los montes cortada sobre el río,
y la sed de los pájaros, sus lenguas jubilosas;

las escamas brillantes temblando en el rocío,
los talas y los molles, los ásperos juncales,
los torvos espinillos y el sarandí sombrío;

los cactos agresivos, los turbados panales,
la roca sometida con dolor, las hogueras
y el olor de la tierra llena de manantiales,

suyos fueron; sus brasas, sus raíces guerreras
salen para ceñirte la afelpada cintura
con ojos de amapola ocultos en las eras.

Su aliento sepultado los maizales madura
y sube, por tus muros, la ceniza bravía
que fue piel en sus pechos vírgenes de armadura.

El hijo de tu ausencia desnudo combatía
y entraba humildemente al polvo repentino,
con un pájaro abierto sobre su frente fría.

Del Paraná-Guazú la blanca espada vino.
Su inmaculada espuma quebró la carabela:
como herida de tigre fue su primer camino.

Abrasaba sus lomos la sombra de la vela,
tendida sobre finos cardúmenes de acero
que cruzaban sus rayos con la invasora estela.

El Paraná-Guazú gemía prisionero
mirando las canoas que sus aguas mimaban
encogerse en las llamas del arenal costero.

En aquel Monte Vide tus cimientos volaban.
Bajaste de los aires como nube o paloma
a encerrarte en las verdes palmas que te esperaban.

Tu cerro niño, arisco, Solís con preces doma
y la sangre de España bautiza tus gramillas.
Huellas de pie calzado hienden su duro aroma.

Ya frente a frente luchan dos rosas sin rodillas,
dos leones que mezclan uñas, alientos, venas,
dos ríos combatientes que mojan tus semillas,

dos brazos que no saben calentar las cadenas,
dos centellas de sangre que se anulan el fuego,
dos vivos remolinos abriendo tus arenas.

El español traía envainado en un ruego
el filo de su espada, su hambre conquistadora
y el rostro de su dios sobre su pecho ciego.

Y el indio defendía su nube voladora,
sus peces, sus ñandúes, sus sauzales dormidos,
las difíciles mieles de su sierra sonora.

Habías de nacer con los dientes crecidos,
como un ángel mestizo de jaguar y de espuma
que se mira bramando los costados heridos

y sumerge las hierbas sin que se le consuma
la corriente bravía que en los huesos le crece
y le llena la boca con encendida bruma.

Sobre la blanca frente de Zabala amanece
tu pequeño relámpago, cachorro combatido.
Ubre de leche amarga tu quijada endurece.

Siete hogares alumbran tu pan recién nacido.
En tus muros de barro, la libertad alzada.
Clavado en cada puerta, su escudo amanecido.

Creciste resistiendo a la mano enguantada.
Sus caricias pesaban en tus hombros pujantes
y apenas pudo ser su curva gobernada.

Era tu sangre joven, herencia de gigantes:
adulta como el mar y la pampa naciste
sacudiéndote el beso y las sedas fragantes.

De tu orgullosa madre las voces desoíste:
en tus mismas entrañas trazaste las fronteras
y el rostro amenazado pero libre volviste
para mostrar al cielo tus flamantes banderas.

V

CIUDAD de las espinas, matriz de las palomas,
para que te encontrasen fieras y querubines
los vientos dividían tus profundos aromas.

Apenas extinguido tu canto de maitines,
sobre lutos marchitos tu fresco pie reposa,
jadeantes todavía tu espada y tus clarines.

Libre y abierta estabas. Tu cintura graciosa
ensanchaba el materno ejercicio del grano.
Multiplicaba el hijo tu sangre victoriosa.

Venían del antiguo continente lejano
a engrosar tus arterias deslumbrados varones.
Cruzaba por tus puertas un sueño sobrehumano.

Ya no herían tu Plata los fieros galeones:
naves arrodilladas besaban tu bahía.
Medraba tu futuro bajo sus pabellones.

Por el amor quebrada tu muralla se abría
y paseabas los ojos por los nuevos hogares
como corza que mira su delicada cría.

Entibiaron tu noche los extraños cantares.
Melancólicas voces y gargantas felices
mezclaban a tus piedras nervios crepusculares.

Las semillas aéreas rasgaban sus matrices.
Los hombres empezaban a paladear el cielo
sobre tus enterradas estrellas infelices.

Cuando te levantaba recién templado vuelo
y los huesos del cóndor y un temblor de zorzales
hacían en tus alas ardiente paralelo:

Ciudad de los quebrantos, ejemplo de panales,
tu llaga sin descanso reverdeció mordiendo
con dura boca hermana tus espaldas frutales.

De la Argentina llegan las palomas gimiendo.
El viento de las pampas trae manchadas flechillas
y por los litorales van los peces huyendo.

De nuevo le han quebrado las jóvenes rodillas.
Atan sus verdes miembros reptiles embozados
y sepultan su lengua venenosas arcillas.

De tu agraviada hermana los hijos exilados
encendían tus tiernas lámparas con la frente,
entre tus propios huesos sus tesoros guardados.

No cerraste tus puertas a la dulce corriente.
Reconociste el llanto, la voz, los ademanes
y el pecho de tus hombres, desnudo y transparente.

Compartieron contigo las rosas y los panes,
mientras soltaba el aire contra la ciudadela
cenicientos venablos y sigilosos canes.

Bajo el humo y la escoria tu luz sin sueño vela.
Para cantar se juntan los rebeldes hermanos
y una gran mariposa de sus gargantas vuela.

Mármol, Alberdi, Mitre entrelazan sus manos
con las que te cultivan los sagrados jardines
y custodian alertas tus óleos soberanos.

Mientras las recias naves ahuyentan los delfines
y fatigan tus aguas con tercos desafíos
sin que una sola brizna de laurel les inclines,

dentro de tus murallas los celestiales píos
del verso te alimentan la sonrisa menguada
y alejan de tu carne los subterráneos fríos.

La fiesta rumorea por las calles, volcada
como un arroyo vivo de calandrias mecidas
que quisiera borrarte la tiniebla emboscada.

Gutiérrez se pasea con las sienes ceñidas.
Su flecha fue más alto. Se callan los cañones
y el viento le derrama las palabras ungidas.

Sabes premiar lo mismo tus sabiás que tus leones
y junto a tus calientes trofeos de guerrera
escuchas el delgado rumor de las canciones,
mientras un doble sol ilumina tu espera.

VII

DESDE todos sus campos el Uruguay te inclina
perezosos senderos, lazos enternecidos
que atan a tu cintura el valle y la colina.

Llegan a acariciarte los varones curtidos
que se arrugan colmando tus crecientes graneros
y te acercan fragancias de maizales y nidos.

Llegan a proveerte los rudos caballeros
sobre las bestias húmedas de sudor y relente
que traen en los ojos los últimos luceros.

Los rubios bueyes tumban la cabeza paciente
sobre la rumorosa Plaza de las Carretas,
donde el trigo pregona su promesa caliente.

Mojan los anchos cascos frescos zumos violetas
de tallos macerados sobre la tierra dura,
con el primer rumor de las brisas inquietas.

Aquí viene a volcarse la cosecha segura:
las verdes hortalizas que ilumina el rocío,
el espumoso aroma de la avena madura.

Hormiguean los frentes del chato caserío.
Los ponchos hacen alas en los hombros cuadrados
y gira en las espuelas un gran lucero frío
que ilumina los pies de los gauchos callados.

DE

Hora ciega

Soliloquios del soldado

I

Estos dientes que suben del suelo...
Nunca tuvo la hierba estos dientes.
Sus bracitos amaban mi rostro,
sus espinas jamás fueron crueles.

¿Qué ojo inmenso me mira sin tregua,
desprendido, cortado en el polvo?
Me atraviesa las manos caídas
y babea su luz en mis hombros.

Este duro descanso en la noche...
Qué rumor enemigo en mis sienes.
Ligaduras de hueso me estrechan.
Las arterias polares me hienden.

Yo no sé por qué orillas me pierdo,
qué frutales me llaman cantando,
por qué estoy en un barro crecido
absorbiendo lamento y gusanos.

Yo tenía una casa en el viento,
con oídos, con lengua, con ojos.
Me cortaron un tallo de sangre.
Nos secamos los dos sin reposo.

Yo podía mojar mis cabellos
sin la mugre del odio, tranquilos.
Sumergir mis rodillas cansadas
porque sí, porque el mar era mío.

¿Quién gobierna mis miembros amargos?
¿Qué serpiente disfraza mis besos?
Un profundo silbido me azuza.
Como una ácida bestia obedezco.

He prestado mi entraña sin quejas.
No me quiero morir tan extraño...
Recomienza mi antigua paloma
y el fusil se me borra en la mano.

II

QUISIERA abrir mis venas bajo los durazneros,
en aquel distraído verano de mi boca.
Quisiera abrir mis venas para buscar tus rastros,
lenta rueda comida por agrias amapolas.

Yo te ignoraba fina colmena vigilante.
Río de mariposas naciendo en mi cintura.
Y apartaba las yemas, el temblor de los álamos,
y el viento que venía con máscara de uvas.

Yo no quise borrarme cuando no te miraba
pero me sostenías, fresca mano de olivo.
Estrella navegante no pude ver tu borda
pero me atravesaste como a un mar distraído.

Ahora te descubro, tan herido extranjero,
paraíso cortado, esfera de mi sangre.
Una hierba de hierro me atraviesa la cara...
Sólo ahora mis ojos desheredados se abren.

Ahora que no puedo derruir tu frontera
debajo de mi frente, detrás de mis palabras.
Tocar mi vieja sombra poblada de azahares,
mi ciego corazón perdido en la manzana.

Ahora estoy despierto. Nacen al fin mis ojos
pisados por el humo, agujereando arañas,
duros estratos de algas con muertos veladores
que sin cesar devoran sus raicillas heladas.

Y te cruzo despierto, fiero túnel de ortigas,
remolino de espadas, vómito de la muerte.
Voy asido a las crines de un caballo espinoso
que vuela con ciudades quemadas en el vientre.

Voy despierto, despierto y obediente a mis manos,
con un río de pólvora cuajado en el aliento,
ahora que estoy solo y enemigo del aire,
seco, desarraigado, desnudo, combatiendo.

III

DIJE a mi hermano: hermano, desabrígate el pecho,
yo vengo a descuajarte las sombras de la abeja.
Vengo a talar tus bosques, tus arroyos, tu viento,
y a mojar en tu herida mi corona de piedra.

Tú no me has ofendido, rubia sal de otros mares,
sangre como mi sangre, guardadora de viñas.
Tú estabas allá lejos, haciendo los cereales
y no manchó mi puerta tu voz desconocida.

Tú no me has ofendido, y estabas señalado
antes que mis palabras te tocasen el rostro.
Yo vengo a despojarte de nubes y de hijos
y a beber para siempre tu corazón copioso.

IV

VIENEN los caracoles arrastrando mis ojos
caídos a la orilla del mar, cuando las algas.
Los ebrios caracoles con venillas de yodo
suben por los desiertos que aíslan mi garganta.

En mi cabeza fría se está durmiendo un buque
con marineros blancos de ademanes remotos.
Mueven pesadas balas, corazones de azufre,
masticando banderas y lágrimas de plomo.

Rodeado por un bosque palpitante y nocturno
con eléctricas bocas que la piel me recuerdan,
crezco implacablemente hacia un álamo duro
clavado en un secreto meridiano de arena.

Yo me borré del pecho los nardos rumorosos.
Donde habitó el abrazo quise hospedar las llagas.

Hierro, hierro mi lengua. La sangre que ya ignoro
por un árbol de hierro daba mortales ramas.

Y mi voz está lejos, encima de las piedras,
secándose y cantando como un arroyo herido,
corriendo sobre dóciles músculos de azucena,
tan pálida que el aire ni siquiera la ha visto.

Cabellera en el viento, mi paso entre las nubes.
Rincones con mis huellas, sonrisas con mi rostro.
¿Qué brusca nieve seca y aguzada lo cubre?
Vuelan mis dientes, vuelan mis enconados hombros.

Baja mi viejo llanto por un ahogado muro.
Perros desconsolados lamen mi mano abierta.
Con todo el mar pegado a las espaldas vuelvo.
Reconquisto en mi frente una espada de almendra.

V

A MIS espaldas crece ácido pino.
Nutre su espuma cruel mi amor cobarde.
Las nubes huyen de esta nube que arde
y hace al revés mi fúnebre camino.

Con un disfraz de pájaro, asesino.
Ciego, infeliz, sin ángel que me guarde.
El cielo llega a detenerme, tarde,
podrido de valor, héroe mezquino.

Es preciso caer, quemar jardines
movidos por la sangre enamorada.
Ahogar la bestia entre los querubines.

...Ya sube por el aire el rostro fijo,
la rosa inmensa, la ciudad quebrada
que me muestra los huesos de su hijo.

VI

Es necesario herir, cortar las venas,
entrar al rayo, al frío, a la serpiente:
pisar frescos veleros en la frente,
morder la brisa, el canto, las arenas.

Porque crecen recónditas cadenas
del río al campo, al cielo indiferente,
del pez al pan, al olivar ardiente,
de los muertos al aire, a las colmenas.

Crecen los derramados eslabones.
Crece un trono disperso, un mar idiota.
Su espuma cruel devora las gargantas

abriendo secretísimos halcones;
invade, sube, con la boca rota
y escupe sobre Dios las duras plantas.

VII

Por las puntas de mis nervios gotean las golondrinas.
Toda en el aire mi sangre consume su madreselva.
Cesó la dulce creciente cercada por la ceniza
y en los huecos del verano se está durmiendo mi lengua.

Hacia una estrella salada que organiza sus edades,
descienden blancas raíces de mis rodillas abiertas.
Ya no crezco hacia las tórtolas, hacia las nubes caudales;
retrocede antes del viento mi flaca flor sin abejas.

Yo dejaba andar tranquilo mi corazón por el musgo,
cubrirse entre el heno ardiente de rubios escarabajos.
Dejaba andar por el río mi alegre sombra de junco,
y en el celo de las viñas dejaba crecer mi llanto.

Amé en mi azahar humilde sus rostros desconocidos.
El rumor de los panales detrás del cielo cerrado.
Sumé la voz de la tierra en el sabor de mi trigo
y sufrí todas las bocas para su fuego liviano.

Yo amaba la luz del hombre y hube de azotar su rama.
Pisé el sitio en que las nieblas pueden ocultar al ángel.
Entre las duras espigas donde encalló mi garganta,
plumas de azarosas mieles vistieron mis agrias carnes.

Con una nube rebelde pegada al rostro corría.
Garras y picos de azúcar, hierbas de afligidos mares,

vinieron a mí temblando, me entraron por las heridas
y debajo de mis ojos borraron los manantiales.

Cortado fui para el polvo. Por encima de mis sienes
los vegetales alcanzan su muerte de filo blando.
En mi ejercicio de humo hallé la sangre obediente
y alrededor de mi acero cuajó la tromba del nardo.

Merezco la llama hundida que el seco panal esmalta,
la dispersión de mis venas entre sus duros enjambres.
Cortado fui más abajo de las raíces del agua
para los ciegos caminos que no se acuerdan del aire.

Arenas grises me arrastran, me destierran de las eras;
no me tocará el rocío, ni el pan me abrirá su lumbre.
Merezco la roca huraña que al pez antiguo encadena.
Los frescos pies del espino de mis turbios huesos huyen.

VIII

TALADO, dividido,
tropiezo con las hojas alegres, con la niebla,
con la llaga más blanca de los corales vivos,
con la resina amarga que el cedro manifiesta.

Caigo entre los ardores
que levantan al grillo sobre la vid nocturna,
entre los dulces tallos que miman tiernos soles,
donde mi sangre apenas gobernada se curva.

Mi antigua mano esclava,
transida por los tréboles y las guijas fugaces,
floja, entre lentos picos de nieve entrecortada,
sin raíz en mi llanto, huye, renuncia al aire.

¿Qué torbellino eriza
mis palabras disueltas en quebrados estambres?
¿Qué rizo de la espuma blande por las orillas,
entre saladas muertes, mis viejos ademanes?

Árboles tensos giran,
se remontan heridos en su más pura alondra,
y hacen el remolino donde sangra y respira
la boca sin zorzales que traduce mi sombra.

Tiendo los brazos huecos,
la cara hueca enfrento a los perros tranquilos,
cruzo por las palomas iguales al desierto,
llamo por todas partes y soy desconocido.

Duelen los pechos claros
por donde trepa el musgo y amanece la oruga.
Me pesan como un cielo prendido a mi costado
y alimentan sin tregua la nube que me anula.

Me escucho en los gemidos
que vienen de los mares donde los peces lloran,
en el temblor que encoge los miembros amarillos
y atrasa la sonrisa del maíz y la ola.

No puedo recobrarme,
tomar mis pies hundidos, mi lengua deshojada,
y entrar en aquel tiempo cerrado de mi sangre
para escuchar el libre rumor de mi garganta.

1941-42

Caín

I

(El mar)

EL PECHO derramado,
huyéndose castiga las riberas.
Cuaja en gaviotas de ateridos huesos,
su amarga lengua.
Ceñido está, clavado en su secreto.
La muerte vela.

Alguien corta la espuma.
Su nácar suspirado se destrenza.
Su delgado panal el fuego atisba
por las banderas.
El humo invade su ágil geometría.
La muerte vela.

Peces despavoridos
gimiendo eluden la voraz tormenta,
la sucia nube, el extranjero rayo
que la gobiernan.
Cultivan ebrios su temblor salado.
La muerte vela.

Pegados a su cara
y abrasando el silencio de sus venas,

con un racimo cruel de verdes besos
dormidos yerran.
Dormidos sin querer manchan el cielo.
La muerte vela.

Alza su crespo grito
erizado de conchas y de hierbas.
Lleno está el viento de mordidos ayes,
de sangre lenta.
Clama el mar por sus viejas soledades.
La muerte vela.

II

TU CORAZÓN estaba oscuro
y fresco el barro de tu frente.
El ciego aroma de las raíces te halló desnudo.
Cerca del agua tu mano abría su musgo alegre.

Caín, tu fresco barro ardía
con el silencio de las parvas.
Tus dulces venas alzaba el eco de las encinas
y en el rocío tu dócil lengua se clausuraba.

Cerrado al aire de la esfinge
y al duro aliento de las flechas,
lejos del iris guardaba el bosque tu pecho firme.
Tu boca humilde cogía el premio de sus fronteras.

Salía frágil la mañana
de los arroyos de tu paso.
Limpio dormías en tu llanura, varón de savia.
Como una abeja pesaba el cielo sobre tus labios.

Ayuno estabas de pregunta.
Fuera del llanto detenido.
Te limitaba tu piel caliente como a las frutas
y no elegía la luz ni el grano tu amor sumiso.

III

QUISO el alba tocarte
y no reconoció, Caín, tu cara.
Le buscabas los dientes a tu estrella.
No viste el alba.
Estrenaba, tu sangre sin tormentas,
uñas y alas.

Tu pie quemaba el aire.
Tu armadura animal golpeaba el cielo
y hundías en las vísceras del monte
tu ajado aliento.
Asomado a las nubes y a los bordes,
ibas despierto.

Es que tu lengua hacía
los duros nervios de su lis rabiosa.
La flor ahogada su violento polen

cuajó en tu boca.
Se turbaron las médulas del roble.
Calló la alondra.

Los cedros sorprendidos
que en el espejo de tu piel se amaban,
vieron sangrar las puntas de sus hojas
en tu mirada.
De pronto, abiertas como heridas sordas,
te iluminaban.

Ya andaba tu cabeza
por las altas espinas combatiendo.
La corona del trigo quebrantaba
tu paso nuevo
y sobre el resplandor de tus sandalias
lloraba el heno.

IV

TU CORAZÓN flotaba libre,
verde panal, isla cerrada.
La cauta ola clavó en sus bordes blancas raíces.
Pobló tu sangre la muchedumbre de hundida cara.

Cuando tocaste el fiel sarmiento
que unía tu boca a la abeja,
tus pies al junco, la nieve al sordo pan de tus huesos,
tus manos puras al denso rizo de las culebras,

cuando empinó la rosa arisca
su blando fuego en tu garganta,
y por tu idioma volaron ríos y golondrinas,
y el polen tierno cambió en tus ojos la luz postrada,

supiste entonces, barro nuevo,
la división de tus arterias.
Viste al gusano roer la dura miel de tus dedos,
la gran vigilia que levantaba tu boca muerta.

Viste tu selva y tu paloma.
Mordiste tu primer guijarro.
Llena de lágrimas, en el invierno cayó tu sombra.
La tierra abría su fresco vientre bajo tu mano.

V

¿POR QUÉ, Caín, abriste
a los chacales de velluda zarpa,
más puertas que a la lluvia y a los lirios
de tu montaña,
y dejaste crecer al enemigo
que te nublaba?

¿Qué hierro innecesario
en tu vigor de olivo se escondía,
y estiraba sus pálidos guerreros
de lengua esquiva,
hasta quebrarte en la raíz del pecho
la exacta fibra?

¿Por qué escondiste el rostro
cuando volvió tu nombre de las hierbas,
y encerraste en las dóciles orillas
su imagen vieja?
Goteando helada herrumbre, tu sonrisa
entró en la niebla.

Se ahogaron en tu sangre
las tórtolas, los gamos transparentes.
Invadieron tu piel desventurada
oscuros peces,
y humilló tu cereal su tierna llama
bajo sus vientres.

Hambriento entre tus panes
devorabas la sombra de tu reino.
Caían de tus hombros y tus sienes
panales secos
y a tus espaldas míseros laureles
movía el viento.

VI

CAÍN estaba herido y solo,
lleno de hinchadas madrigueras.
Sus ademanes iban borrando salvias y arroyos
y por sus flancos arqueaba el tigre la rosa ciega.

Pájaros de tierra transida
punzaban su frágil retorno.

Fantasmas fieles entre sus huesos se defendían
y levantaban sordas espumas hasta su rostro.

Lo devoraba su isla triste
creciendo por los bordes vivos.
En vano alzaba jadeando al viento de los neblíes
entre marchitas lenguas de lluvia su ángel raído.

Erizados como sarmientos
los fríos rumbos de su carne,
retrocedía frente a su estrella de insulso fuego,
buscando a tientas muertos sabores bajo su sangre.

Con el corazón estancado
a la altura de la vendimia,
postrado el surco por la renuncia de los manzanos,
cerraba arisco sobre sus llagas un cielo en ruinas.

VII

¿DE DÓNDE vino el golpe
oscuro a corromperte la sonrisa?
Se te quebró la curva del abrazo
y el ala limpia.
Tu voz cambió por témpanos y cuarzos
su blanda espiga.

El ángel que paseaba
feliz por la costumbre de tu fiesta,
goteando abejas de ceniza, invade

la nube atenta.
La mitad de tu llanto y de tu sangre
moja su huella.

¿Por qué abriste tu oído?
¿Por qué dejaste circular el rayo
por las enredaderas y los brezos
inmaculados?
¿Por qué escuchaste idiomas prisioneros,
prohibidos cantos?

¿Quién hizo tu fantasma,
y separó tu pecho de tu pecho
poniendo a un lado el amoroso enjambre
y al otro el yermo?
Ningún camino entre tus dos andares:
vivos y muertos.

Levanta esa paloma
que en las orillas de tu sien jadea.
Salva el ramo de trébol y rocío
que ella te acerca.
La sombra lame el apagado pico.
Salva tu ausencia.

VIII

LÍVIDO arcángel, dueño oscuro
de los callados resplandores.

La piedra abierta, los desgarrados ciervos, el humo,
todo en la antigua sed de tus huesos caído y pobre.

Pasó, Caín, tu suave hermano.
Tú, sin tu sombra y por lo ajeno.
La musculosa luz de las viñas le ornaba el brazo
y de sus hombros volaba el rastro de los corderos.

Viste yacer en su mirada
ángeles mudos con tu rostro.
En sus cinturas una gavilla se destrenzaba.
Lentos ganados comían hierbas entre sus ojos.

Guardaba el cielo en bronce y nardo
los pies lucientes de tu sangre.
La rama fresca de sus caminos crujió en tu mano
y el fruto muerto cayó en tu boca doblando el hambre.

Se alzaron las eras podridas
hasta caer sobre tu espalda.
Echaste a andar por el incendio de tu agonía.
En Dios desnuda y en Dios perdida, tu sombra aullaba.

IX

DESIERTA criatura,
tu larva de cometa amenazado,
punzadora, en la cresta de las llagas,
abre tu paso.

Sube el clamor del fuego hasta mi cara.
Te escucho, hermano.

Duermes bajo los huesos.
Te agazapas fluvial y oscurecido.
El limo de las médulas arrastra
tu espeso grito.
Su creciente coral arde y estalla
sordo en mi oído.

Aquí estás, aquí estabas.
Tu mano agobia el resplandor del surco.
Tu aliento arruga las abiertas hojas,
devora el musgo.
Tu sandalia de sal sobre mi boca
apaga el mundo.

Abel pliega su sangre
y se acuesta a morir entre sus perros.
La profunda matriz labró en tus manos
el rumbo ciego.
Caín, oigo el descenso de los llantos.
Aquí te veo.

Te hundirás en el humo.
De nuevo tu semilla entrecortada
irá a dormirse en las secretas fuentes
alborozadas.
Largo es el cielo: arráncate las sienes,
y otra vez, baja.

X

(*La tierra*)

RETROCEDEN los manantiales
con todas sus nubes intactas,
hacia la tribu que en seca noche duerme sus hambres
y aprehende oscura los mudos rizos de sus gargantas.

Llora la tierra por sus brotes,
por sus cortezas invadidas.
Su nardo tiene labios de queja, su pino encoge
pechos futuros bajo la escama de miel antigua.

La tierra quiere anclar su vientre,
borrarse los quemados ojos.
Le duele el duro racimo que abre la abeja urgente,
y el canto extremo que sale herido de los escombros.

Hiende el tumulto de las yemas
un pie larval que escupe el aire.
Por los sagrados olivos rondan oscuras lenguas.
Su rastro engrilla la luz guerrera del fruto en trance.

Llora la madre sin cansancio,
quiere olvidarse de su espiga.
La muerte coge la flor por dentro, detiene el canto
como a un infante bajo las aguas estremecidas.

1941-43

Los pálidos

I

VINIERON a decirme:
ahora que eres de sal y dura nieve,
nube y espiga firme
que a padecer se atreve
el huracán que nuestro aliento mueve.

Ahora que estás de río,
de puro cedro, de azucena oscura,
y costumbres de frío
dice tu piel madura,
vas a tocar el rayo que perdura.

Vinieron a golpearme:
los pálidos golpearon en mi oído.
Vinieron a llamarme
desde tan alto olvido,
con tanta luz su acento defendido,

que necesario fuera
morir y más morir, estar muriendo,
para coger la fiera
palabra que bullendo
viene a mí desde mares que no entiendo.

Sería necesario
morir de rosa, de sapiente espiga,
agotar el ovario
de la exacta enemiga.
Morir paloma, miel, brezo y hormiga.

Por estrellas tan crueles,
qué temblores de hoja me asesinan.
Qué secretos laureles
el pecho me calcinan.
¡Qué celestiales flechas me adivinan!

II

ESA NIEVE que sube
mariposas de tímido aleteo.
Ese frío querube
de borrado deseo
que en la garganta trémula paseo.

Esa liana constante
de agua negra, de flor, de herida hilada;
esa liana tirante
de espuma enamorada,
a las raíces de mi voz atada.

Estas hojas inquietas
buscando en mí sus células esquivas,
sus edades secretas.

Estas ausentes vivas
ardiendo en mis tinieblas sensitivas.

Este anillo, esta rueda,
estos planetas de órbita alevosa;
ocultos en mi seda
su huracán y su rosa
y el arco de su llaga tempestuosa.

¿Eres tú quien gobierna
esta invasora miel, este sentido
de luz mortal y tierna?
¿Eres tú, distraído,
volcándome la muerte en el oído?

¡Eres tú! gobernando
mis corales, mis nieblas zumbadoras.
Tú, que llamas quebrando
la frente de mis horas,
¿no ves la pobre celda en que laboras?

III

DONDE el águila extiende
su dalia de oro por la roca enjuta,
y su secreto enciende
la inmaculada ruta
que a los delgados líquenes enluta.

Donde bestias extrañas
se labran balbucientes corazones,
y lúcidas entrañas
en frías estaciones
cortan los pausadísimos ciclones.

Donde el insecto agudo
su llama urgente en el peligro dora,
y su vientre desnudo,
que la muerte decora,
su frágil raza cubre y elabora.

Donde el tigre se acuesta,
donde padecen hierbas encendidas
la presión de su fiesta.
Donde son corregidas
con una mariposa las heridas.

Donde la tierra ordena,
con tranquila matriz y limpio acento,
el cristal de la avena
y el rumor del aliento
que sube del puntual alumbramiento,

tú miras. Desde lejos
ves el dulce universo que diriges.
Y mis labios perplejos
con tanta vida afliges,
y entre todo temblor, mi pecho eliges.

IV

PÁLIDO, soy contigo
para el largo panal y el diestro fuego.
Por la niebla te sigo,
entro en tu hálito ciego
y a tus espinas de violín me entrego.

Mírame en mi flaqueza,
fibra de humo y hueso del suspiro.
Endulza la rudeza
de la órbita en que giro,
de esta copiosa estrella en que respiro.

No me niegues tu cara,
resplandor y frontera de mi herida;
porque si se cuajara
tu rosa interrumpida,
si fuera tu paloma detenida;

si tu hierba cortada,
si sufriesen tus águilas clausura,
si cayese quebrada
la pálida escultura
de este mar que en mis manos se aventura;

si tu voz no mordiera
con lágrimas y espumas mi garganta,

esta celeste fiera
que mi sangre levanta
y alcanza tu sonrisa cuando canta,

de granizo y arena,
de miserable témpano secreto
haría su cadena,
hasta que un aire quieto
te volcase en la boca su esqueleto.

V

ROSA de sal, espuma,
brasa de verde miel y ácido diente,
abierta entre la bruma
que sustrae mi frente.
Rizo del mar, cintura de corriente.

Acata tus latidos
mi carne ciega y no pregunta nada.
Fiesta de mis oídos,
mi garganta postrada
no puede alzar tu alondra derramada.

Mueven mi lengua impura
los nervios de un clavel que busca el viento;
y apenas le asegura
la nube de mi aliento
el fantasma de un frágil nacimiento.

El cedro que resiste
a su lejana lluvia y su colina,
la mirada me viste
y el pecho me ilumina
con fragantes estrellas de resina.

Una gran selva crece
rompiendo mi caliente calavera.
¿Mi sangre te merece,
huracanada hoguera
que levantas mi muerte hasta tu esfera,

y bajas en confusa
deserción tus secretos meteoros,
un pueblo que rehusa
los funerales oros
y ahoga en mí sus balbucientes coros?

VI

CONTRA blancas cortezas
que acorazan mi rostro en su vigilia.
Contra heladas malezas,
la secreta familia
del fuego, en dalia y en clavel me auxilia.

Pero vienen temblando
del fondo de mi tierra transparente.
Avanzan custodiando

su sonrisa naciente
y se me quedan muertos en la frente.

Ramas de tierno cobre
desenvuelven mis ojos con premura,
y de mi voz salobre
sale una criatura
borrada, con un alga por cintura.

Comprendo que agoniza
la fiesta del cereal. Mi sangre huye.
Un árbol de ceniza
la empuja y sustituye.
Hacia la rosa y el jaguar refluye.

El sitio de la nieve
me encierra entre palomas agresivas.
¿Hacia dónde me mueve
este arco de aguas vivas
donde mis libres plantas son cautivas?

No quiero defenderme
del frío mineral en que me hundo.
Voy despierta a perderme
en el iris profundo
y un corazón de aciaga perla fundo.

VII

EN MI luz se concentran
pueblos de nácar, gérmenes marinos.

Los seres que no encuentran
sus cuerpos cristalinos
trazan entre mis venas sus caminos.

Se fatiga la rosa.
Cede su ámbito tierno a los metales.
Donde la mariposa
quemaba sus caudales
empieza a abrir el cuarzo sus panales.

Al diamante resumo.
Entro en el rayo de espumoso frío.
Toda mi sangre sumo,
corroboro su río,
y lo renuncio en su perfecto brío.

Mi partida se fragua
donde comienza el ramo de los mares.
Con la boca del agua
diré a los olivares
los informes secretos seculares.

Me tocan las raíces.
Viajan hacia mi pecho las orillas.
Las hierbas infelices
estrechan mis rodillas
y si las miro brotan las semillas.

Nazco secretamente:
el color de las hojas me revela.
Se dividen mi frente

el trigo y la gacela,
y en quebrado rumor mi lengua vela.

VIII

¡OH SER de sufrimiento!
¡Oh lava en los claveles detenida!
¡Oh delgado lamento
de flor enloquecida!
¡Oh cementerio en brasas de la herida!

Un golpe de cuchilla.
Una hoja fugaz que el aire mueve.
La alta esfinge se humilla
sobre la aguda nieve.
Un jadeo de alondras la conmueve.

Porque mira mi boca
salir del polvo en resplandor florido,
quiebra la invicta roca
su secreto latido
y me roza las plantas su gemido.

Su desabrida ciencia
me fue amoroso ramo, miel temprana,
sal de oscura obediencia
y paloma liviana
sostenida en mi voz cada mañana.

Ni llanto ni castigo,
ni espina en la garganta miserable,
sino pudor de trigo
y manzana impecable,
grano de fresco cielo perdurable.

Todo vino sin mengua:
las víboras, la sangre, los venados.
Todo llega a mi lengua
por caminos ahogados,
por tímidos arcángeles sellados.

IX

POR ESTE pie que engarza
siempre en la misma huella el sol preciso:
un ágil pie de garza
en su coral sumiso
y la estrella juncal que ahogarse quiso.

Por esta melodía
que turba el hueso y sangra resplandores:
la garganta que pía,
sus confiados clamores,
la humilde flauta abierta entre las flores.

Por estos ojos vanos,
castigo de arrecifes y fronteras:
la luz de los milanos,

la sal de las panteras,
la confianza del mar en sus riberas.

Por estas manos grises
quemadas por la siega y divididas
en ruego y cicatrices:
las garras distraídas
a las perfectas hambres sometidas.

Por este llanto ambiguo,
raza de espinas, yermo voluntario:
el fulgor más antiguo
del témpano corsario,
su azul y pertinaz vocabulario.

Cámbiame en brizna, en río,
pálido de las muertes jubilosas.
No me anula tu frío,
no me espantan tus rosas.
Renazco en tus entrañas poderosas.

1941-42

Pasión y muerte de la luz

a Roberto

I

HIERBA, dí tú mi signo y mi tormenta.
Modélate en mi voz, grano de trigo.
Liberta en oro y aire al enemigo
que el más secreto pez de sangre enfrenta.

Monstruo de miel cerrada me alimenta
y la inconclusa flor crece conmigo.
Esperando la muerte sin testigo
tocar los huesos de la luz intenta.

Tradúceme esta llaga sin salida,
escritura del mar o movimiento
de cristalinos gajos en huída.

Asume, zarza, el pálido lamento.
Y tú, rosa del agua, distraída,
desmenuza este rostro por el viento.

II

CON UN caballo de orgullosa espuma
a donde el mar levanta su destino,

que al arqueado relámpago del lino
el rizo amargo de la perla suma.

Sin que el cielo la boca me consuma,
sin regresar al manantial marino,
prisionero en la nieve, mi camino,
o destrenzado en sollozante bruma.

Con la seguridad de las espinas
y el limpio arrojo con que el pez dispara
su quemadura en las desiertas minas,

impune al largo viento doy la cara,
cargado de azahares y colinas
el pecho que me acerca y me separa.

III

ALREDEDOR del arce y del romero.
Sobre espuma de linos y zorzales.
Por un rizado aliento de corales.
Cercando el resplandor del duraznero.

Sobre el polo del cuarzo prisionero.
Sufriendo nieblas de floridas sales
y repentino golpe de panales,
en las alturas de la queja, espero.

El caracol de tierna boca, herido,
no elude el riesgo que a su nácar tiende
por la espesura de la mar mi oído.

Quebrada está la luz que me pretende.
Mi sangre, por su pecho sorprendido,
larga semilla del temblor, asciende.

IV

EN EL principio del sollozo era.
Ya de perfil el ángel que se vuelve,
en brecha la fisura me resuelve,
desobedece el pan y el mar no espera.

Comienza a amanecer la calavera.
Su duro nardo en el trigal revuelve
y una quebrada máscara la envuelve
con tranquilo rigor en su frontera.

En la corona de los aires, tierno
y a la diestra de pájaros dormidos,
el descuidado pie toca el invierno.

Se apartan los cereales divididos
y entran los ojos en tenaz gobierno
a la altura animal del ciervo heridos.

V

SUPE que por la vid ascendería
la niebla indestructible que me enlaza

y que a mis dedos la secreta caza
por lastimadas selvas llegaría.

Vi donde el llanto sus abejas cría
y el temblor con que el grillo se acoraza,
la estrella que la boca me embaraza,
y el caprichoso mar que me desvía.

Entró en la muchedumbre de mis venas
la brasa gris que por los cardos viaja
y organiza el sabor de las arenas.

Me vi nacer donde la avena cuaja,
pensada por cristales y azucenas
la geometría que en mi piel se aja.

VI

CON LA primera llaga del narciso,
los huesos del becerro y las orugas,
entre partos de miel y ásperas fugas
cayó mi frente cuando el rayo quiso.

Combó la dulce muerte el pecho liso.
Su blando imán movía a las tortugas,
y preparaba gérmenes y arrugas
cuando quemó mi voz el brusco aviso.

Acacia desvaída entre las nubes:
con la amarilla sangre derramada,
por un costado de la noche subes.

Contigo, desde el mar, enamorada
una tranquila curva de querubes
vuelve a llamar en mi paloma anclada.

VII

ACUÉRDATE del rostro de la rosa,
de su rígida miel entrando al frío,
del paso frágil que se oyó en estío
cuando curva su luz la mariposa.

Enciérrate en tu lámpara copiosa,
que no podrás abrir la sal del pío
ni ceñirte los ojos con un río
para enmendar tu piedra rumorosa.

Sobre el nardo vendrá ceniza y oro;
sobre la miel la mano, tierra y heno,
el crecimiento del mortal tesoro.

Aparta de tu boca el rubio cieno.
Sellada está la limpidez del coro
y prohibidos la garza y el veneno.

VIII

MI ENTRAÑA mereció, panal mestizo,
la incorruptible ley de tu voluta.

En cada nervio de clavel o fruta
un embozado arroyo de granizo.

La abeja por mi sangre se deshizo.
Vi las raíces de tu isla enjuta,
y el atisbo tenaz de la cicuta
mezcló a tu piel su aroma fronterizo.

Tiendo la mano para recogerla
y el lento cáliz de una llaga fría
estanca el iris de tu simple perla.

Me ciño a su enlutada melodía
quemándome sin fin por retenerla
en el doble rumor de mi agonía.

IX

YO TE sentí, paloma, en las mejillas
recién salidas del manzano alerta.
Tu cauto pico me encontró despierta
deletreando arenales y gramillas.

Jugaba un aire enano en mis rodillas
cuando tu anunciación pasó mi puerta.
Liviano amanecer, mi frente abierta
sufrió la voluntad de las semillas.

Turbada transparencia me dejaste.
Porque tu blanca miel labró mis huesos
y en limo y hojarasca me encerraste.

Vuélveme por los cármenes ilesos
a la escasez de lengua en que me hallaste,
en un grano de azahar los labios presos.

X

EL VERANO se agota en el racimo.
Ni avena, ni cigarra, ni amapola.
Ni el alga haciendo venas en la ola,
ni las tímidas ranas en el limo.

Ni la corteza que hasta el llanto oprimo
entre la tierna muchedumbre, sola,
hecha de sangre y labios la aureola
donde me corroboro y me lastimo.

Ni la centella que la liebre rubia
mueve entre los primores del rocío,
ni la humilde fragancia de la alubia.

Ni el caballo de sal que adiestra el río,
ni la múltiple espada de la lluvia,
dirán tu arisca huella, idioma frío.

1942

DE
Pastoral

Tiempo I

I

LA SALVIA en torno de mis sienes gira
y un pálido panal sin nacimiento
en el rizado trebolar suspira.

Yo inauguro en la brisa un movimiento
blanco y tranquilo, de animal frescura,
y un ala informe en el delgado aliento.

Colmo mi dulce espacio de raíces
que encabritan mi voz de sal oscura.
Mi pequeño lugar de flor futura
avanza entre un rumor de cicatrices.

En un tiempo de mar recién nacido,
lleno de flautas ciegas amanezco
a palomar frontera sometido.

Y por la muda sangre que obedezco
en semillas de arcángel dividido.

IV

LA SONRISA que adiestra al viento lacio
con derramadas curvas de amapola
acrece flor a flor mi tierno espacio.

Brinca mi sangre en su olorosa ola
y al círculo bullente me encadena
el cuajado ademán de la corola.

Muerto hacia atrás qué fresca luz me viste
el torso puro que la fuente estrena.
Nacen conmigo el álamo y la arena.
Un orto de la espuma nos asiste.

Con memoria de hierba toco el río,
mientras late en mi tímida osamenta
el seminario cruel con verde brío.

Y un silbo de calandria me sustenta
al borde, al frágil borde en que sonrío.

VI

INVESTIDO de oscuras potestades,
bajo el temblor del musgo me reclino
restando a mi inocencia sus edades.

Yo despierto un salobre remolino
que destrenza las médulas copiosas
cuando a coger un caracol me inclino.

Desertan los arroyos sus vertientes,
suben por las raíces presurosas
en distante trigal y crueles rosas
hacia mi boca de hambres obedientes.

Si a la orquestada lengua del estío
cuando se funden piedras y frutales
suma mi flauta un desmañado pío,

se erizan las montañas de panales
y en trompas de cristal se cambia el río.

VIII

TAN LEVE el cuerpecillo desmandado
y el fresco pie donde se nubla el trigo
entre bisulcas huellas enredado.

Frágil almendra en puro desabrigo
mezclo en mí las arterias soledosas
y de esta miel soy pálido testigo.

No me advierto, jocundo y transparente
velado entre zorzales y raposas,
compartiendo sus lenguas tenebrosas
disuelto en trino por la luz sapiente.

¿Cómo quebrar el ámbito encendido
donde mi alegre cuerpo se construye,
salir hacia mi hoy despavorido

y verme andar entre la mies que huye,
saberme ser en este reino hundido?

IX

ENTRE el blanco temblor de las campanas
urgida por la luz, anda la muerte
haciendo sitio a horneros y manzanas.

Sobre mis hombros su mirada vierte
rotos estambres, sorprendidas venas
y ajadas lluvias, que mi piel no advierte.

Mancha mi voz con sangre de corderos
y caigo entre un tumulto de azucenas,
con la sonrisa lastimada apenas
por la raíz que rizan sus veneros.

Corta el agudo brote de mi queja
antes de que se atreva a ser espino,
y pronto a abrir su arisco mar, me deja

de frente al arrayán, de cara al trino,
cerrado el norte audaz con una abeja.

XI

NO MIENTE el pez cuando se cambia en nube
o salta de la estrella repentina
o por los tallos de la niebla sube.

No miente cuando el pecho me ilumina
con dura escama y en rizado frío
sobre embotadas islas me reclina.

No miente si en mis aires clausurados
roble y llantén anuda con su río
y al brusco toro y al halcón sombrío
disfraza con relámpagos salados.

Ni si usurpa mi rostro y mi destreza
para gozar enjambres y semillas,
mientras el resplandor de mi cabeza

pálidas ondas mueve en las orillas
y surte alegre en la fluvial maleza.

XIII

SEA LA luz dijeron al abrirse
mis ojos y la luz vistióse el mundo
y en ella fue mi sangre a confundirse.

Es la luz, soy con el hervor jocundo
que mece al mar, empuja las praderas
cría la exacta miel y el pez fecundo.

No pido, acuden a mis limpias manos
las ardientes espumas de las eras.
Inventan mi caricia las corderas
y mi hambre alegre fundan los manzanos.

No me fatiga el curso de la rosa,
ni me impacienta la sazón del fruto.
Salta puntual mi lágrima preciosa.

Me esgrimen viento y llanto y no discuto
porque me ignoro y soy la luz copiosa.

XV

BORRADO fue el cabrito en la colina,
pero a través del llanto ardió en el cielo
un aleluya audaz de golondrina.

Borrado fue su indescifrable vuelo,
pero un delfín abriendo el mar de armiño
en jubilosa luz curvó mi duelo.

Borrado fue en la onda el pez agudo.
Volvió la espuma a su lujoso aliño
y sobre el agua dura el viento niño
con un vilano socorrió al desnudo.

Quebróse el giro vegetal del juego
y el ajado rumor de mi alegría
en súbito cantar alzó su fuego.

Miré en mi sangre, vi cuanto quería:
ave, cabrito, pez, vilano ciego.

Tiempo II

I

ALZAN el claro hocico mis lebreles
y husmean en los aires invasores
de lento corazón desconocido.
En blandas curvas y extranjeras flores
traduce absorto el valle conmovido
la tierna multitud de sus temblores.
Alzan, tensos, la pálida cabeza
y a serme ajena su honda luz empieza.

Cristales que se apartan del rocío
abriendo finas hojas por el cielo,
y un aroma sin patria que me embiste
dudando entre paloma y asfodelo.
Y el agua que a mi rostro se resiste
con espuma tenaz o brusco hielo.
Y este clamor que viene de la tierra
y en mi pujante soledad me encierra.

Hiere mi boca el tierno caramillo.
Se eriza el musgo fiel en las colinas.
Oigo blancas pisadas de cordero
y un relámpago azul de golondrinas.
Es hora de nacer y no me espero

perdido entre dulcísimas espinas.
Todo es nuevo, mi voz y las criaturas
que me acechan con lágrimas oscuras.

Como nacido de mis propios huesos,
oliendo a ciega sangre sin memoria,
en la caliente máscara del día
palpan mis ojos la dorada historia.
Suman mis pies en la flamante vía
rosa y ardor su cifra transitoria
y asusta a las torcaces en el viento,
brújula verde, mi crecido aliento.

III

¿QUÉ RESPLANDOR me curva de repente
y de espuma frutal hinche mis venas?
Por todas partes me desatan lianas.
En toda tierra me sostengo apenas.
Y voy fuera del plan de las mañanas
golpeándome entre lágrimas y antenas.
Más allá de mis manos crece el higo.
Más acá de mi boca arde conmigo.

Pliego y despliego esta enconada brisa
que hurta perfumes, con los silbos juega
y anuda mis cabellos con la escala
donde la madreselva se me niega.
Tras mirlo y garza y picaflor resbala,
temblando de amistad, mi mano ciega

y todo está detrás de su oro vivo:
lindero de mi aliento, anda cautivo.

No hay duda, no, me miran como siempre
desde una miel transida los rebaños.
Con la estrenada lumbre del rocío
vienen a mí perfectamente extraños.
Pesados de rumor como un gran río
pasan abiertos por mis pies huraños
y a golpes de zampoña desolada
mi vieja imagen quiebro en su mirada.

Toda huella me asalta. Con un signo
prisionero golpea en mis retinas.
Cantos robados al amargo cielo
se enredan en las hierbas cristalinas.
Jadeante de visión y turbio celo
me alza la brisa entre sus garras finas.
Y el llanto que en su ráfaga me escuda
del cruel abecedario me desnuda.

V

SI EL trigo en flor me dora las rodillas
se llena el aire de vestiglos de oro.
Si el lino en flor me blande el pensamiento
hurgo sombrío en el feliz tesoro.
Camino de centella pido al viento.
Muerto de sed azul, avispas lloro.
Contra dientes de niebla es mi salida
y a trigo y a linar huele mi herida.

La cabra rubia en las crecidas ubres
una burbuja de su leche atiza.
La sola gota que mi lengua pide
en fugitivo nardo se desliza.
El espumoso cántaro despide
caliente aroma que los aires riza.
Y mi hambre hueca de capricho mozo
estira en fuego su enconado pozo.

Castigo el rostro que la fuente esculpe.
Quiebro al aparecido de la espuma.
Saltan en cifras de agua devorados
ojos y labios, la delgada suma.
Mi flauta ahogo en sumergidos prados
tras el pez vivo que mi sangre abruma,
y devuelto a la flor de la ribera
un nuevo rostro donde herir me espera.

Mata de hierba aguda, toro invicto.
Arroyo que en mis muslos desembocas.
Bestias del cielo y de la tierra, hormiga
de negra sal, paloma que me invocas
con clausurada lengua de enemiga.
Suaves, menudas, transparentes bocas:
venid a mí como antes de este olvido;
no me hurtéis el relámpago perdido.

VII

DORMIDO está el rabel bajo la acacia.
Ahogada en flores de oro arde la siesta.

Un diálogo de arroyos y bambúes
cruza temblando la bruñida cuesta.
Bulle de azules, palomares úes
el picante rumor que alza su cresta
rubia de polen, en la sombra aguda
donde mi oído alerta se desnuda.

Caminos de amaranto y lechiguana
trenzan el aire verde en el aprisco.
Turbado olear de niebla mugidora
muerde en la luz el más secreto risco.
Y toda bestia que en la tierra mora
deja un instante su rincón arisco
y desde el fondo de su sangre mira
la miel extraña que en mi piel se estira.

Bajo la acacia está el rabel dormido.
Muda en su llaga alegre mi garganta.
La cerrazón del canto, paladeo,
que sobre los tomillos me levanta.
Pulso hacia adentro, en pálido jadeo
la cuerda que en mis dedos se quebranta,
y solo por la nube en que padezco
habitado del mundo prevalezco.

Duerme el rabel debajo de la acacia.
No sé decir sino alas y vilanos.
Alientos como ramas encendidas
se devoran el agua de mis manos,
y un júbilo de lágrimas perdidas
rueda en lentos embriones de veranos

que hinchen, sin prisa, mis silencios crueles
ante el sesgado ojear de los lebreles.

X

¿CUÁNDO la rosa concibió este frío?
¿Cuándo esta leve sombra cazadora
afinó en mi garganta su rudeza
y me detuvo en la canción que llora?
¿Cuándo nació la pálida maleza
que enturbia el goce de su pulcra aurora?
¿Cuándo perdí su celestial privanza,
de sangre a sangre el nudo y la alabanza?

En vano retrocedo en la espesura
de rosa y brisa que en el canto sumo.
En vano desenvuelvo mis raíces
y asir mis ojos de otra vez presumo.
Rosas como encendidas cicatrices
en sus intactas muertes hosco asumo,
y en dócil sucesión de aroma y fuego
el presente fantasma adoro y niego.

Llaga mi boca el inocente nombre,
con ambiguas arenas me aridece.
Y es ella, es ella la escultura briosa
que en mi lágrima fuga y comparece;
la misma que en la hondura sigilosa
de las muertas praderas resplandece,

la rosa, rosa y rosa desmedida
cubriendo el mar y el agro en tarda huída.

El rumor de la nieve arruga el aire
y el aliento suavísimo encristala.
Crueles disfraces urden sus tesoros:
se quiebra en antro, se encabrita en ala,
o en brusca selva de volubles oros
donde borrado ya, mi pie resbala,
y preso inerme del feroz hechizo,
en ceniciento espacio me deslizo.

Tiempo III

I

EL ALBA multiplica sus alertas.
Sopla desde la mar sobre el cerezo
su ráfaga de espumas entreabiertas.

Mi flauta ondula un vago desperezo
y estrenando una sombra aljofarada
la ciega lidia de mi sangre empiezo.

Con brusco andar de engavillado río
despierto a la sonámbula manada.
Gira el pez en su gruta nacarada;
late un guijarro en el desnudo frío.

Corto es mi sueño. ¡Oh lúcida agonía!
Con punzantes palomas de agrio fuego
el alba entre mis médulas porfía.

Parto, vuelvo a partir y nunca llego:
de una abeja a su miel mi sol se enfría.

III

CUANDO dije a la mar: quita tu escudo,
dame la luz audaz de tus majales,
entonces ciego fui, y entonces mudo.

Entonces los celestes animales
vieron al desterrado en las orillas
buscar a tientas trigos y panales.

Vieron al triste dueño de la tierra
comer amarga sombra de semillas
y apretar a las flautas amarillas
la ambigua boca de querube en guerra.

Desde entonces convoco a los ausentes:
por recobrar mis ojos derramados
y aquella humilde cántiga de fuentes,

fatigo la memoria de los prados
y el pecho de las bestias obedientes.

V

A MITAD de camino en tu blancura
desmiente el nácar mis arterias vivas
y el canto se me cuaja en rosa dura.

En granizo mis lágrimas cautivas.
Contra mí vuelto en ráfaga el respiro
y en la lustrosa piel yertas olivas.

Súbito invierno tu ademán rezuma
salobre garza adicta a mi suspiro.
En intrincado albor con llagas miro
y huyo temblando de tu invicta espuma,

porque he visto en la impávida frontera
al breve, al diosecillo ceniciento
que funda con mi voz tu primavera

más allá de este límite violento
donde en tu mudo amor mi sombra espera.

VI

NO HUYAS palomica entre los setos.
Soy yo, el oscuro tañedor de cañas,
el mínimo pastor de pies inquietos.

Tú asientes con praderas y montañas
a esta crecida del tesoro infuso
que ardiendo en flor gobierna mis entrañas.

La centella leal en que te asomas
blancos temblores en mi canto puso:
aún gira entre los mirtos inconcluso
oliendo a vaga sangre de palomas.

Yo rabadán de silbos y de brumas
partí contigo el viejo paraíso
al pulcro resplandor de tus espumas.

Tú sola quedas donde Dios te quiso.
Yo mendigo en el cerco de tus plumas.

VII

INÚTIL es sentirte y padecerte
espejo de la miel, corza de niebla,
y renunciar al llanto para verte.

Mis ojos tienen brotes de tiniebla
y apenas guardan del perfecto día
este difuso rayo que me puebla.

Inútil es que siga en la enramada
el rizo burlador de tu alegría
y bebas de mi mano el agua fría
en tu nube de sangre soslayada.

Cuando a la orilla de mi sombra acudes
y el sitio exacto del secreto ocupas,
mi celestial pavor tímida eludes

de un brinco montaraz, volviendo grupas
y al muerto de los ojos te sacudes.

XI

AGRIO está el pan en el zurrón angosto.
La flor candeal en negra espuma hundida
y en la cuerna de miel, dañado el mosto.

Mayo abejea en la zampoña herida
y en el sauzal un pálido zureo
usurpa mi garganta enmudecida.

Ceñido en lumbre por la ahincada fiesta,
doblado en brisa y llanto me paseo.
Por zarzas y tomillos huroneo
con castigado muslo y sangre enhiesta.

El cándido manjar con hambre alejo
y niego al vino la transida boca.
Mayorazgo de amor, gozo y me quejo.

La vida entre mis manos desemboca
y de aciago poder, morir me dejo.

XIII

YA PUEDO ver los ojos de la piedra
y esta mano velluda de rocío
que alrededor de mis cabellos medra.

Ya puedo alzar el párpado sombrío
que aprietan las brumadas del abeto
y ver la fuga del arcángel frío.

Ya puedo detenerme en las colmenas,
asir la brasa que a mi voz prometo
y en ruda miel volarme el esqueleto
minado de polares azucenas.

Ya me alcanza el relámpago, ya miro
donde mi corta sangre lo prohibe.
Nieblas de fuego con dolor respiro.

El gran hogar alegre me recibe:
como una brizna del otoño, giro.

XV

TU AIRE esculpe el otoño en mi garganta.
La lumbre de las uvas montaraces
mis arriscadas vértebras levanta.

Dividido entre lágrimas rapaces
cruzo tus laberintos transparentes
empañados de perros y torcaces.

Palpo en tu rostro mis cenizas, claras,
mis pies vislumbro en tus cerradas fuentes.
Todo me nombra en cláusulas ardientes
y tú de toda puerta me separas.

En ti soy, de ti vengo, a ti me inclino.
Columnas son mis huesos de tu hoguera.
Sílaba de tu canto es mi camino.

Pero mi triste boca es extranjera
oh, duro reino, en tu solar divino.

DE

Artigas

LA TIERRA

JARDÍN del este, lujo de la aurora,
anclado en flor sobre la miel marina.
Valles donde la abeja se demora
gastando su jornada cristalina
y en brasa de panal su pecho dora.
Adolescente alcor, núbil colina
en fuga, en juego y en labor secreta
sobre la antigua arruga del planeta.

Sobre su corazón que al día asoma
la piel mordida por el liquen frío
entre el curvo silencio de una loma
y la porfiada juventud de un río,
para gozar un roce de paloma
o el rizado relámpago de un pío,
cuando setiembre una velluda gema
enciende y pule en cada frágil yema.

Oh tierra del aprisco y de las eras
que en corderos balbuce, en trigos canta,
y sobre el fijo ondear de sus praderas
con voz oscura, de fluvial garganta,
en himno de premiosas primaveras
al oro del estambre se levanta.
Oh suave, oh clara, oh fina criatura
que en salado diamante se clausura.

Viene el pampero de ala turbulenta
por un austral camino de gaviotas.
Tu oro borra con pluma cenicienta,
cuaja en tu azul sus lágrimas remotas,
y en el abrazo de salud violenta,
pájaros, nubes y corolas rotas,
por un instante del amor quemados
en ancha muerte giran derramados.

Del norte soplan los alientos finos,
los húmedos vocablos forestales.
Arengas y clamores sibilinos
de las profundas savias tropicales.
Y el viento que en sus ámbitos hialinos
solivianta a las turbas germinales,
oye subir a la mazorca rubia
en el futuro canto de la lluvia.

Oh rumorosa tierra de las fuentes.
Agua orquestal tu oscura voz corea.
Entre las gramas de hálitos ardientes
un cristal sin fatigas escarcea:
curva los ademanes eminentes
del espinoso tala y se recrea
en turbadora sangre y miel bravía
cuando en la flor del ceibo inicia el día.

Oh tierra, tierra de la joven gracia.
Niebla pradial ahonda tu cintura.
Borra tu amor la yerma contumacia
en edénico gesto de frescura.

Combando el aire, tu florida audacia
angélicas sonrisas inaugura
y el maternal respiro que te mece
larga generación al cielo ofrece.

EL GUERRERO SECRETO

UN HIJO te oye, te contempla, te ama.
Un claro niño que los soles miman.
Tu idioma en sus oídos se derrama.
Con su latido tus latidos riman.
Su rostro enluce tu escondida llama
y su callado corazón animan
el soplo que frecuenta a los manzanos
y el aliento cereal que hinche tus llanos.

Un hijo ausculta tu soleado pecho,
palpa tu resplandor, toca tus venas,
en tu rítmica hierba hace su lecho,
su pie desnudo esculpe tus arenas.
Alegre mide tu recinto estrecho
caliente de trigales y colmenas,
y el claro infante, con oscura ciencia,
vago laurel inclina a tu obediencia.

Sobre el corcel que tierno ollar dilata
y crespa nube al aire duro fía,
en diamantino trebolar desata
elástico galope al alba fría.
Un silvestre clarín truena su plata
y el espolazo en el ijar porfía.
Secreta diana que a la sangre acude
y al guerrero recóndito sacude.

Ojos de recia estirpe matutina
a través de las águilas pulsados.
En las vertientes de la luz marina
y en primavera mineral cuajados.
Sobre la vaga tierra columbina
en sigiloso cielo disparados,
miran y ven, de sangre y pensamiento,
nuestra flor, nuestra espiga, nuestro viento.

Sobre la crespa sierra el potro duro
el embridado cuello al sol arquea.
La peña enciende con el casco puro
y entre zarzales vírgenes flamea.
Reto de espuma, por el flanco oscuro,
luce su flor la montaraz marea
que azuza y doma, en íntimo entrevero,
la diestra del pausado caballero.

La bestia amarga en la humildad emboza
su erizado vigor, el joven fuego
que la cándida entraña le alboroza
y desmandado en el riesgoso juego,
ya por las lindes de su piel retoza
en lidia rosa y en secreto riego,
cuando el fresco rumor de una pradera
comenta en verde trueno la carrera.

Sumando valles, arrugadas crestas,
finos alcores rubios de flechilla,
abras de seda y espinosas cuestas,
el arriscado ¡no! de una cuchilla,

y el huraño ademán de las florestas
que al escondido campeador se humilla,
la Patria adulta en su sonrisa asoma,
encerrada en un vuelo de paloma.

Sufre el trébol de pálida garganta
la huella del bridón, sus remos de oro,
que en los seguros donde el agua canta
cristales izan en ardiente coro.
Y el galope que al sueño se adelanta
descubre y turba el íntimo tesoro
que en muelle brega la enmelada umbría
para las ciervas amorosas cría.

Allí donde la nutria se pasea
en lustroso vaivén de bronce vivo;
donde en turbio juncal la garza albea,
y el aire enciende al puma sensitivo
con la noticia que en su voz alea,
allí la sombra del jinete altivo
hierve de aromas entre el agua pura
y el florido olear de la espesura.

Donde un gozo frutal de lechiguana
dora la sierra y encabrita al viento.
Donde en arbóreos tremolares mana
la verde fuente de trinado aliento
que sobre el rizo de la grey enana
chisporrotea su gemado cuento,
y ojos de aguda lumbre y miel serena
en el guazuvirá, remota, estrena.

Donde instrumenta su caudal la brisa
en los copihues y las pasifloras,
donde su queja celestial se irisa
rozando helechos, esculpiendo moras,
y a la sutil orquestación sumisa
silbos destila en lágrimas creadoras,
allí cultiva el Héroe su futuro,
nombra a la Patria y permanece oscuro.

EL DESTIERRO

Gozando las labores del rocío
que en ardiente cristal custodia el huerto;
cuando levanta su cogollo frío
la pálida hortaliza en sol despierto;
y en constelada lengua el labrantío
su verde calendario luce abierto,
lirios pronuncia la mirada zarca
y asoma la sonrisa del Patriarca.

La mano que en las crines turbulentas
del potro ejercitaba su escultura,
y en un ferrado oficio de tormentas
fraguaba su campal progenitura;
la que enfrenó las ráfagas violentas
por intemperies de prosapia oscura,
en arrugada mansedumbre sueña,
del rumoroso laberinto dueña.

La mano que las águilas domaba,
umbelas y corimbos acaricia.
La que con sangre el viento embanderaba,
es al majuelo tímido propicia.
Está de polen y de abejas flava
la mano de la máscula justicia,
y frecuentando espigas y rizomas
suma el casto caudal de los aromas.

Él, que condujo a un pueblo enamorado
y le soñó sus sueños y su escudo,
aquí crea su pan, gasta su arado,
y aquí le tomará su dios, desnudo.
Porque este labrador de fuego honrado
que con el oro de la tierra pudo,
parte con el hermano su cosecha
y un solo grano por demás, desecha.

Entre los laboriosos naranjales
que estrella el azahar, el Héroe pasa.
Más allá de los cánticos fluviales,
más allá de la selva, está su casa.
Corazón de silencios torrenciales
que el fino Oriente aguija con su brasa,
humilde, mudo, anclado en su renuncia,
en un temblor de labios se denuncia.

Después del arrozal y de las cañas,
más allá del brumoso algodonero,
mirándose en las lúcidas entrañas
entorna ausentes ojos el guerrero.
Vagos clarines, ráfagas hurañas
soplan del este en musical venero.
Humilde, mudo, en su renuncia anclado,
borra el paisaje el Héroe ensimismado.

MEMORIA DE LA HAZAÑA

ERA AL principio la ávida simiente,
que en él buscó los limos y las sales.
Su rostro, abecedario de la fuente,
vio las lentas jornadas pastorales.
Diezmo pagó su juventud fluente
en largo amor a salvias y zorzales,
y echóse a andar delante de su sueño,
en atezada piel, muslo cenceño.

Él era el fuerte, el grave, el elegido.
Los hombres que anduvieron a su flanco,
pensaban con la sangre y el latido,
bullente el pecho y el cerebro en blanco.
Él les abrió con salmos el oído
cuando ya amaban su silencio franco
y aquella lumbre que en mitad del día
en torno de sus sienes se veía.

Después fue el cauto sismo de raíces.
Circulatoria lengua de meteoros
en virginal asombro de matrices
pregonó el despertar de sus tesoros.
Se estremecieron médulas felices
aborrascadas de íntimos azoros,
y un grito en flor de lágrimas opresas
inundó las recónditas dehesas.

Finaron los tranquilos pastoreos.
La rumia vesperal en los bajíos.
En los montes los cálidos zureos
y la eclógica siesta de los ríos.
Oyéronse galopes y jadeos.
La sed fundió en los belfos sus estíos
y en confuso tropel la Patria alerta,
y en plinto ecuestre, se encontró despierta.

Él era el grave, el elegido, el fuerte.
Le honraron el amor y la obediencia.
Y le siguió su ejército a la muerte
vestido de laurel y de inocencia.
Vestido sólo del laurel que vierte
su amargo sol de herida y penitencia,
y con el hambre que en su reino huero
tuvo arpado aguijón por compañero.

Él era el fuerte, el grave, el elegido,
y la envidia reptó sobre su lumbre.
Al traidor, al cobarde y al vendido
acogió en caridad su mansedumbre.
Su pedestal fue el pueblo, defendido
de discurso falaz y podredumbre,
y de su boca donde Dios soplaba
tomó las puras leyes que le daba.

Iberas garras en Las Piedras romas,
y fratricidas fauces en Guayabos,
antes del viento blanco de palomas
que el estigma borró de los esclavos.

Antes que sus andrajos y carcomas
a la hoguera lustral diesen los bravos,
cuando el Héroe miró en el ara hundida
y la primer bandera fue encendida.

El himno y la oración juntos se abrieron
en el alba más tierna del olivo,
y en columna de arcángeles subieron,
¡oh tromba celestial del pecho vivo!
Avenidas de música fundieron
ígneo bronce y salterio sensitivo,
porque en llama y temblor y melodía
edificaba el pueblo su alegría.

Regresaba a las trojes la abundancia
y a las tahonas la nivosa fiesta.
Los frutos extenuaban su fragancia
y el pez bruñía la colmada cesta.
Urgido el huerto en amorosa instancia
multiplicaba su florida cresta,
y en aras de la paz las criaturas
rendían sus primicias y grosuras.

Y dijo el Protector a sus leales:
Estoy aquí por un favor del cielo.
He venido a sufrir de vuestros males
y por vosotros doblaré mi celo.
Todos sois mis hermanos, mis iguales:
lidia sin sangre os traiga pan sin duelo,
limpio sudor y sueño sin alarmas.
Descansad en el seno de mis armas.

Fueron cinco provincias las que oyeron,
la sangre tensa y el discurso mudo.
Fueron ricas comarcas las que abrieron
estrella pentalúcida en su escudo.
¡Oh rosa federal con que ciñeron
al suave Padre en jubiloso nudo!
Al unísono ardor cinco latidos,
y en sólo una sonrisa confundidos.

La capital que un vuelo amurallaba
rostro de barro y libertad tenía,
y en su sitial de hierba señoreaba
creciendo en patriarcal sabiduría.
Y el rayo vino a consumir su aljaba
en Purificación de la alegría.
Fue la injusticia sobre el tierno muro,
la iniquidad sobre el Profeta puro.

Su verbo estaba limpio como un río,
como hontanar entre arrayanes era.
Y los hombres armados con su brío
salieron a labrar la primavera.
Sobre temprana flor cayó el rocío
y en dulce trance estaba la pradera,
cuando el pueblo y su padre cristalino
vieron llegar azote y torbellino.

Harto abrasaba el resplandor bullente
que al Pastor serenísimo asistía,
y aquella potestad de miel frecuente
que muchedumbres en amor regía.

Harto pesaba a la enemiga gente
su corona de mirto y de agonía,
y en arrancarla al fin con mano lucia
sutil jornada consumió la astucia.

Blandió el arcángel férrea llamarada.
Desenguantó el león garra febea,
y otra vez al calor de su mesnada
salió a enfrentar la ofídica marea.
Odio y traición mordieron en su espada,
no el lusitano fuego en la pelea,
y fue manchada la celeste pluma
y roída la zarpa hasta la espuma.

LA MUERTE

SOL AMARGO, agua amarga, amargo viento
y amarga sangre para siempre amarga.
Vencido y solo en carne y pensamiento,
y el sueño antiguo por tesoro y carga.
Quiso callado y solo y sin lamento
sorbo a sorbo agotar su fuente larga.
Miserable señor de su destino,
de espaldas a la aurora abrió el camino.

De espaldas a su Oriente y a su gloria,
y hueso adentro una centella vaga,
mordió el seco laurel de su victoria
y nunca fue curado de su llaga.
Terco aguijón de luto su memoria,
en toda miel ejercitó su plaga.
Y entre las brumas del silencio agrario
fue una lenta sonrisa su calvario.

Pero entre sus espigas y sus flores,
cuando la muerte le entreabrió las puertas
el guerrero de blancos resplandores
dianas oyó por las borradas huertas.
¡Mi caballo!, gritó: y en los alcores
resonaron angélicos alertas.
¡Mi caballo! Montó el corcel sombrío,
y tendió su galope sobre el frío.

LLANTO DE CARUMBÉ

LA MITAD de la sangre
¡ay, Carumbé!
de espaldas en el trébol,
la otra de pie.
La mitad de la sangre
sobre el laurel.
Llanto, ¡ay!, llanto, llanto
por Carumbé.

Cerros del aire indio
¡ay, Carumbé!
Gimen las lechiguanas
sobre su miel
y se oye el silbo negro
del caburé.
Llanto, ¡ay!, llanto, llanto
por Carumbé.

Primavera del llanto
¡ay, Carumbé!
Ultrajadas espigas,
agrio clavel.
¿Dónde hallar una hierba
que enjuta esté?
Llanto, ¡ay!, llanto, llanto
por Carumbé.

La mitad de la sangre
¡ay, Carumbé!,
la mitad de la patria
sobre el llantén.
Rojos corren los peces
en el Cuareim.
Llanto, ¡ay!, llanto, llanto
por Carumbé.

VIDALITA DE TACUAREMBÓ

PALOMA de niebla,
                    vidalitay,
por los hondos valles.
Alas de agonía,
                    vidalitay,
piquito de sangre.

Paloma de niebla,
                    vidalitay,
palomita fría,
¿qué cielos enluta tu vuelo salobre,
tu flecha indecisa?

Paloma de niebla,
                    vidalitay,
suspiro del alba;
añubla los tersos caminos del aire
tu aliento de escarcha.

Paloma de niebla,
                    vidalitay,
por los finos valles.
Alas de agonía,
                    vidalitay,
piquito de sangre.

Ni espuma del iris,
                    vidalitay,
tu hostigado pecho.
Ni en tu crespo arrullo la miel de las peñas
¡oh amor sin lamento!

Ni tu sombra que urden,
                    vidalitay,
edénicas brasas,
¡oh amor de las fuentes!, ni tus pies de rosa
feliz bajo el agua.

¿Qué noticia traen
de las altas sierras,
tu garganta muda,
tu cifra de niebla?

Por el limpio cielo
tu crespón de escarcha.
Tu flecha salobre.
Tu arruga en el alba.

¿Duermen los guerreros
armados de olvido,
por los trebolares
que nubla el rocío?

¡Sí! Punza en los aires
tu ausente pregón.
Lloran las gramillas
de Tacuarembó.

Paloma de niebla,
vidalitay,
por los dulces valles.
Alas de agonía,
vidalitay,
piquito de sangre.

Índice

LAS ESTACIONES

FORMAS DE LA AGONÍA

JUEGOS DEL AIRE

INTEMPERIE

TRÁNSITO DE SOR JUANA INÉS

De CANTO

ISLAS

Liras

De los vivos

De los muertos

Itinerario

De CANTO A MONTEVIDEO

De HORA CIEGA

Soliloquios del soldado

CAÍN

LOS PÁLIDOS

PASIÓN Y MUERTE DE LA LUZ

De PASTORAL

TIEMPO I

TIEMPO II

TIEMPO III

De ARTIGAS

Las estaciones y otros poemas, de Sara de Ibáñez, se acabó de imprimir el día 20 de julio de 1957 en los talleres de Edimex, Mateo Alemán, 50, México, D. F. Se tiraron 1,000 ejemplares, en papel Offset, y en su composición se utilizaron tipos Garamond de 12:14 puntos. La edición estuvo al cuidado de la autora y de *Alí Chumacero.*